

ignacianos **7**

Jubileo de tres Santos Jesuitas

cuadernos



2006

AUSJAL - Universidad Católica Andrés Bello



JUBILEO DE TRES SANTOS JESUITAS

CUADERNOS IGNACIANOS No. 7



AUSJAL
Universidad Católica Andrés Bello
Caracas, 2006

CONSEJO EDITORIAL

DIRECTOR: F. JAVIER DUPLÁ S.J.

EDITOR: EMILIO PÍRIZ PÉREZ

VOCALES:

ARTURO PERAZA S.J.

JANNABEL HERNÁNDEZ

MYRIAM LÓPEZ DE VALDIVIESO

Compañía de Jesús

*Universidad Católica Andrés Bello
Montalbán, La Vega. Apartado 29068
Caracas - Venezuela*

Diseño y edición: PUBLICACIONES UCAB

Diagramación: ISABEL VALDIVIESO

Diseño de portada: GUSTAVO PORTELA Y ISABEL VALDIVIESO

Corrección de texto: F. JAVIER DUPLÁ S.J.

Impresión: EDITORIAL TEXTO C.A.

© *Universidad Católica Andrés Bello*

Primera Edición, 2006

Hecho el Depósito de Ley



Reservados todos los derechos.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

ÍNDICE

Presentación

Javier Duplá s.j. 5

Ignacio, Fabro, Javier: acoger el don, impulsar la misión

Provincia de España de la Compañía de Jesús..... 7

Ignacio de Loyola y Concilio Plenario de Venezuela

Roberto Martialay s.j...... 27

Francisco Javier y Alberto Hurtado, dos huellas en dos épocas

Honegger Molina García, s.j. 53

Relato del peregrino en tiempos de la reforma. Carta inédita de Pedro Fabro encontrada en su lecho el día de su muerte

José Francisco Aranguren s.j...... 65

Las huellas de Fabro, Loyola y Javier en Venezuela

Reseña bibliográfica venezolana

Jesús María Aguirre, s.j. 75

Ignacio, Fabro y Javier, tres santos para hoy

F. Javier Duplá s.j...... 83

PRESENTACIÓN

Javier Duplá s.j.

Este año 2006 se celebra en la Compañía de Jesús y en la Iglesia universal el jubileo de tres santos jesuitas: Ignacio, Fabro y Javier. De Ignacio se cumplen 450 años de su muerte (31 de julio de 1556); de Javier y Fabro, 500 años de su nacimiento (7 de abril de 1506 y 13 de abril de ese mismo año, respectivamente). La revista CUADERNOS IGNACIANOS contribuye modestamente a esta magna celebración con este número, en el que se reúnen algunos trabajos de jesuitas de la Provincia de Venezuela, a los que antecede el gran aporte de la Provincia de España, Ignacio, Fabro y Javier: Acoger el don, impulsar la misión. Agradecemos al P. Elías Royón, Provincial de España, que nos permita publicar ese trabajo, escrito con un hondo sentido espiritual por destacados jesuitas españoles, y que nos ayudará a todos a renovar nuestra vocación de jesuitas para mayor bien espiritual e impulso de nuestras obras apostólicas.

El trabajo del P. Roberto Martialay, Ignacio de Loyola y el Concilio Plenario de Venezuela, es un aporte original e interesante. Presenta cuatro aspectos de conexión entre estos dos temas aparentemente dispares, y los cuatro muy atinentes a Ignacio y al CPV. Concluye el escrito con una carta de Ignacio de Loyola a los jesuitas de Venezuela, cuyo contenido y estilo están muy bien logrados. Las perifrasis típicas del santo, los párrafos largos... siempre provocando una tensión suave hacia un mejor servicio y más actualizado.

Francisco Javier y Alberto Hurtado: dos huellas en dos épocas, es el título del escrito del P. Honegger Molina como contribución original a este número de CUADERNOS. Las vivencias universitarias de ambos apóstoles

marcaron la vida de ambos y ellos a su vez contribuyeron a orientar a muchos jóvenes universitarios hacia un mundo distinto y mejor. Son vidas que se fundaron en la mística de un amor apasionado por Cristo, que les llevó a emprender tareas nuevas y gigantescas, cada uno en su siglo y en su ambiente.

José Francisco Aranguren s.j. deja volar su creatividad y nos presenta una carta “imaginaria”, supuestamente encontrada en la cama de Pedro Fabro después de su muerte. Está dirigida a su gran amigo Antonio de Araoz, y con un estilo muy propio de los escritos de Fabro, va contando, a grandes rasgos, su vida. Siguiendo el enfoque del Memorial o Recuerdos Espirituales del primer compañero del de Loyola deja ver aspectos de su espiritualidad, de su relación con Ignacio y la Compañía, de sus recuerdos de Montmartre, aquel lejano 15 de agosto de 1534, de sus trabajos apostólicos por todo Europa.

La colaboración de Jesús María Aguirre s.j., Las huellas de Fabro, Loyola y Javier en Venezuela, presentan los escritos de tres venezolanos dedicados a profundizar el pensamiento y la experiencia de estos tres maestros de la espiritualidad jesuítica. Se trata del P. Carlos Guillermo Plaza s.j., que trabajó sobre el Beato Fabro; el segundo es un estudio de Manuel Hernández Gordils sobre una frase de San Ignacio, que expresa muy bien el talante de su espiritualidad; el tercero es un trabajo sobre el espíritu misionero de San Francisco Javier, elaborado por el sacerdote diocesano Carlos Rodríguez Bouquet.

Este número de CUADERNOS termina con un breve trabajo del autor de estas líneas sobre el talante moderno de las tres figuras jesuíticas, más en concreto: el espíritu universal de San Ignacio, emparentado con la globalización moderna, la sensibilidad espiritual de Fabro, que tan necesaria es hoy día y tanto escasea, y, por fin, la capacidad de Francisco de Javier de apreciar culturas muy diversas y de adaptarse a ellas, a fin de hacer inteligible y amable el mensaje de Jesucristo.

Deseamos que el lector de estas páginas se sienta motivado a conocer mejor a estas tres figuras cuyo jubileo celebramos. Todo para mayor gloria de Dios.

IGNACIO, FABRO, JAVIER: ACOGER EL DON, IMPULSAR LA MISIÓN

Provincia de España de la Compañía de Jesús

Se acercaba la cuaresma de 1539. Ignacio y los primeros compañeros saben que al ponerse a disposición del Papa, cumpliendo así el voto de Montmartre, la previsible dispersión apostólica pondrá fin a “lo que Dios había hecho con ellos”. ¿Qué había hecho con ellos Dios y por qué no quieren que se deshaga?

A la fundación de la Compañía le pertenecen dos experiencias vivas que pasarán a formar parte del deseo más íntimo de los primeros compañeros, de su misión y modo de proceder: la experiencia de ser “amigos en el Señor” y la de ayudar a los prójimos viviendo y predicando “a la apostólica”.

La primera expresión pertenece a San Ignacio: “De París han llegado nueve amigos míos en el Señor”, le escribe a su amigo Juan de Verdolay desde Venecia en 1537. ¿A qué experiencia de amistad alude Ignacio? Se trata, sin duda, de una amistad humana, hecha de cercanía y apoyo mutuos, de preocupación y cuidado de unos por otros, de profunda comunicación espiritual... Se trata también de una amistad que enraíza todo su potencial humano en el Señor como en su Fuente. Es Él quien los ha llamado libre y personalmente. Él quien los ha juntado como grupo y quien desea enviarlos en misión. La experiencia de ser “amigos en el Señor” ha supuesto para ellos una verdadera amistad humana que tiene en el Señor sus raíces sagradas, a pesar de la disparidad de caracteres y la presencia de conflictos internos. Esa amistad es, en primer lugar, lo que no quieren que desaparezca, incluso si el Papa los dispersara.

La segunda, a la apostólica: expresa el horizonte apostólico y el modo de vida al que se sienten llamados como compañeros. No es difícil descubrir en ella el contenido de su deseo. Su centro afectivo es Cristo: ellos son la Compañía de Jesús. Su meta, la misma de Cristo: trabajar con Él en su viña. Su estilo de vida y modo de proceder: el de Jesús y sus discípulos.

I. Peregrinar a los orígenes.

1. Nosotros, la Compañía de Jesús actual, somos una comunidad de memoria. Una comunidad de memoria no se inventa a sí misma, sino que se recibe de un acontecimiento primero y original que ella quiere prolongar en el tiempo. Para lograrlo la comunidad de memoria narra su pasado y recuerda el ejemplo de aquellos hombres o mujeres que mejor encarnaron el sentido y la finalidad de dicha comunidad. Así es como “las comunidades de memoria que nos vinculan con el pasado, nos dirigen asimismo hacia el futuro como comunidades de esperanza”.

Tal es la razón de ser de estos jubileos que nos preparamos a celebrar. Ignacio, Fabro y Javier pertenecen a nuestro pasado, pero necesitamos volver a ellos, “traer su historia”, para orientar nuestra misión en el presente y de cara al futuro. Aquellos primeros compañeros, afirma el P. General, desarrollaron una creatividad tal en su respuesta al don recibido que sigue siendo un reto para nosotros. De ellos podemos aprender a hacer moderna y actual la misión que nos transmitieron.

Ahora bien, toda Gracia requiere nuestra disposición para recibirla y esperar una respuesta. Por ello, en esa fina y decisiva conexión entre oferta divina y acogida humana hemos de plantearnos la pregunta: ¿cómo tendremos que ser, qué tendremos que hacer los jesuitas de hoy para que la Compañía de Jesús, nacida de la libertad y el amor gratuitos de Dios, siga siendo un don al mundo y a la Iglesia?

Para obtener luz sobre esta pregunta crucial necesitamos peregrinar al origen de la Compañía, beber más en nuestras fuentes, ser configurados por ellas. ¿Qué encontraremos en ese origen?

Un grupo de hombres que, bajo la guía de Ignacio, ha sido alcanzado y alterado por el Señor; diez compañeros que desde esa experiencia de Dios miran al mundo para verlo con los ojos y el corazón de la Trinidad; una decisión compartida de “reducirse a un solo Cuerpo” para servir en la Iglesia sólo a Dios y su Reino bajo la bandera de la Cruz y a disposición del

romano Pontífice. ¿No estará ahí, en la re-creación de ese triple momento fundacional, el secreto de la fidelidad creadora a la que somos constantemente llamados?

2. Los jesuitas podemos diferenciarnos en muchas cosas, pero en nuestro patrimonio espiritual existen ciertas “palabras” que nos identifican en lo más profundo, “teclas” que nos hacen vibrar, “marcas de origen” que configuran los núcleos de nuestra identidad más querida y profunda. Podremos estar muy lejos de la meta a la que tales palabras apuntan, sentir que no sabemos encarnarlas en nosotros mismos ni transmitir las a otros, y sufrir por ello... Es poder de conmovernos por dentro y de con-vocarnos en torno a ellas sigue siendo, no obstante, real. Pronunciadas en contextos adecuados sentimos que activan en nosotros la gracia de nuestra vocación.

“Reaviva el don de Dios que hay en ti”, exhorta San Pablo a su compañero y discípulo Timoteo. Se trata de una invitación a re-animar la Gracia que Otro puso en nuestro corazón, no a producirla. Una Gracia que el paso del tiempo, las dificultades de la vida y nuestra propia desidia y pecado podrían haber recubierto de cenizas hasta su debilitamiento o su práctica extinción.

“Llegar hasta donde los primeros llegaron o más adelante en el Señor nuestro”, sólo lo lograremos así, soplando el don de Dios que hay en nosotros, no nuestras cenizas; Acercando nuestras situaciones personales, comunitarias y apostólicas al contacto con esas ascuas encendidas que nos fueron regaladas desde el comienzo.

¿De qué ascuas se trata? ¿Y que situaciones nuestras están necesitadas de su contagio y de su fuego?

II. Primo Deum

3. Un primer don del que procede la Compañía, y nosotros en ella, es el de la fe en Dios de nuestros primeros compañeros. Un Dios al que se dirigen como “nuestro Creador y Señor”: alguien real, presente, activo en el mundo; Dios que desea comunicarse libremente con las criaturas e innovar el mundo a través de ellas; Creador y Señor también de la Compañía de Jesús.

Se trata de una invocación que nos invita a colocar la realidad, toda ella, bajo la mirada y el hacer de Dios, y no bajo nuestros propios, y muchas veces recortados, cálculos. Fue así, apoyados en esa fe llena de confianza, y

en unas circunstancias tan complejas o más que las nuestras, como Ignacio, Fabro y Javier primero, y más tarde el resto de los compañeros, crearon el tejido humano, religioso y apostólico de la Compañía de Jesús que a nosotros se nos encarga encarnar y re-crear hoy.

Sólo una fe así nos libera de los miedos del presente y de la incertidumbre que bloquea cualquier iniciativa de cambio. ¿No es cierto que cuando nos planteamos con cierta inquietud el futuro de la Compañía, pensamos más en nosotros que en Dios? Y sin embargo, el futuro de la Compañía, como el de la Iglesia y el del mundo, no nos pertenece en absoluto, está en Sus manos. Lo nuestro es la confianza y la colaboración con Él, eso es todo.

La Compañía surgió de la nada y la gratuidad de ese origen hay que mantenerla. Todo es gracia. Ignacio sabe muy bien, con una sabiduría que no es sólo conceptual sino también cordial, que él no es el verdadero fundador de la Compañía de Jesús, sino que ésta surge de la libre voluntad y del amor de Dios al mundo y a la Iglesia. Por eso, desde el proemio de las Constituciones hasta su parte final, no cesará de repetirnos que el futuro de la Compañía depende de Dios al igual que dependió su nacimiento, y que, por tanto, “es preciso en él sólo poner la esperanza”.

4. *¿A qué situaciones nuevas nuestras podríamos acercar este don primero con el fin de que fueran alentadas por él?*

– Para empezar, podríamos acercarlo al lugar que ocupa Dios en nuestras vidas. Sorprende que tratándose de una orden apostólica cuya finalidad es ayudar a los prójimos, asegure la Fórmula de nuestro Instituto que la primera preocupación de todo jesuita ha de ser “tener siempre presente ante los ojos hasta que muera, a Dios”. ¿No deberían ocupar ese lugar primero los prójimos? Pues bien, San Ignacio no es partidario de ese atajo. Los prójimos son de Dios, no nuestros. Los pobres son “pobres de Cristo” antes que nuestros. Para que nuestro amor a ellos sea puro, transformador y duradero, ha de insertarse en el amor que Dios les tiene. La experiencia demuestra una y otra vez que ese pretendido atajo no es a favor de un mayor amor, sino frecuentemente menor y más ambiguo.

– Y para continuar, podríamos acercar la oración ignaciana a nuestro orar habitual. En muchos aspectos el carisma de Ignacio pertenece todavía al futuro, y éste de la experiencia de Dios y de la oración ignaciana es uno de ellos. Todavía no hemos comprendido a fondo su novedad. Asegurar, por ejemplo, que para San Ignacio la oración no es importante, que lo

verdaderamente importante es la acción y el servicio, es una trivialidad. Justificarlo aludiendo al conocido pero inexacto lema de “contemplativos en la acción” constituye un reduccionismo de lo que en verdad pensaba y sentía Ignacio.

El problema para Ignacio no está, como ha señalado el P. General, ni en la oración ni en la acción, sino en el corazón del hombre que ha de encontrar a Dios en todas las cosas, cuando ora y cuando trabaja para, en todas ellas, unirse a su actividad salvadora. Ignacio suponía al jesuita de su tiempo tan atraído y deseoso de encontrar a Dios en la oración, que se ve obligado a recordarle continuamente la novedad de la espiritualidad y de la Orden por él inauguradas: a Dios hay que encontrarlo, no sólo en el tiempo de oración, sino también en el servicio largo y, a veces, agotador de la ayuda a los prójimos. En todas las cosas, porque todas ellas son texto de Dios, lugar donde él mora y donde nos espera.

III. Compañeros.

5. La primera iniciativa de Dios con respecto a Ignacio, Javier y Fabro se manifestó haciendo confluir sus historias personales, agrupándolos entre sí y con los que más tarde se les irían juntando. La respuesta de todos ellos a esta iniciativa de Dios fue uniforme: “Que no debíamos deshacer la unión y congregación que Dios había hecho, antes confirmarla y establecerla, reduciéndonos a un cuerpo, teniendo cuidado unos de otros y manteniendo inteligencia para el mayor fruto de las almas”.

Lo que hace grandes a los primeros compañeros es el grupo: una mística de Cuerpo que es anterior a la constitución formal de la Compañía y pasa a formar parte esencial de la misma. Esa unión de corazones en torno a Cristo y a su misión, mediada por el amor y cuidado mutuos, por el discernimiento y el servicio a la autoridad, será para ellos referencia en la dispersión y fuente de energía apostólica. Lo que hará posible el milagro de que siendo todos ellos de orígenes, culturas y temperamentos tan diversos lleguen a formar un Cuerpo para el Sueño de Dios en el mundo.

¿Cómo se forjó esta unión primera?, ¿qué la cimentó y cómo se mantuvo en pie en circunstancias tan adversas?

Aquella mística grupal no surgió de la nada. Desde 1528, fecha en que Ignacio se encuentra por primera vez con Fabro y Javier en la Sorbona, hasta 1539-40 en que nace la Compañía, han pasado once años entretnejidos de una

intensa relación espiritual y humana entre los compañeros. Esos vínculos humanos, religiosos y apostólicos fraguaron en la experiencia común de los Ejercicios, pero también en el compañerismo, en la ayuda y el cuidado mutuos, en largas horas de conversación espiritual, en la alegría y el gozo de vivir juntos, en la práctica compartida de “ayudar a las ánimas”..., todo ello injertado en el Señor a quien sienten y confiesan como el verdadero Jefe y Cabeza, como su Rey y Señor, un Dios a quien servir.

6. Somos llamados a re-avivar hoy ese don tan precioso de los orígenes, la Gracia de ser compañeros llamados y convocados por el Señor.

Es importante que respondamos decididamente a esa llamada en un tiempo como el nuestro en el que la presión centrífuga del individualismo amenaza la unión y cohesión del Cuerpo de la Compañía. Sin esa unión y cohesión corremos el peligro de una fragmentación humanamente decepcionante y apostólicamente infecunda; de estilos de vida poco abnegados.

Un yo entregado es un yo que se pospone a sí mismo. Un yo vuelto hacia sí se llena de necesidades; experimenta la pobreza, la castidad y la obediencia como una carga, no como un don recibido y puesto al servicio del amor y la entrega a los demás; hace del propio reconocimiento una cuestión primordial; y como consecuencia de todo ello termina en una insatisfacción total

Los tres santos, cuyo jubileo celebramos, nos dicen que esa unión y cohesión son posibles. Necesitamos por tanto – y ojalá lo deseemos – convertirnos a esa Gracia del Cuerpo, vivida como fruto de la convocación de Dios y no de la casualidad o de nuestro propio deseo; cuidar y responsabilizarnos de ese Cuerpo en su triple e inseparable dimensión humana, religiosa y apostólica; discernir los impactos culturales y las pulsiones internas que tienden a la disgregación afectiva, ideológica y practica dentro de él y en su misión al mundo.

Ese don nos reta igualmente a que el centro de esa con-vocación lo ocupe el Señor de tal manera que podamos habitar con Él los “lugares de pregunta” donde el mundo se interroga si será posible o no su salvación y donde las comunidades se hacen vivas o perecen; a crear entre nosotros una mayor sintonía y complicidad en la búsqueda de cómo y dónde puede estar nuestro mayor servicio a Dios. ¿No crece acaso el convencimiento de que si algo puede debilitar hoy al cuerpo apostólico de la Compañía es la fragilización de los ideales compartidos, por un lado, y el escaso interés en la

trama interna de nuestras relaciones y necesidades espirituales y humanas, por otro?

No somos héroes, comentaba el P. General, sino pobres hombres necesitados del apoyo de nuestros compañeros. Y añadía: un jesuita que crea no necesitar de nadie para vivir no es ningún modelo de jesuita. ¿Por qué no devolver al Señor el poder de convocarnos en torno a Él, atraídos por su persona y su propuesta, como les sucedió a Ignacio, Francisco y Fabro? Dejemos que ese don de Dios a la Iglesia que es la Compañía de Jesús quemé las cenizas de nuestro escepticismo y nuestra desesperanza, de esa “herejía emocional” que tan sutilmente está penetrando en muchos corazones. Favorezcamos experiencias humanas y espirituales de compañerismo. Generemos vínculos e ideales compartidos. Hagamos real la experiencia de que ayudarnos mutuamente, para poder así ayudar mejor a otros, es fuente de consolación espiritual, de aliento y de alegría apostólica.

IV. “Esta Compañía, fundada principalmente para...”

7. La compañía de Jesús nace por una misión y para ella. La misión no está al final de proyecto grupal de los primeros compañeros, sino en su comienzo. Es su motor. Ella los reúne en grupo de “amigos en el Señor” y nos mueve a “vivir y predicar a la apostólica”. La formulación más antigua de esa misión es la de ayudar a las ánimas. “Ayudar, no imponer, a que Jesucristo y su evangelio sean recibidos como Buena Noticia por cada persona y a que se dejen configurar por Él”.

Misión es para Ignacio, en primer lugar: envío. Tal es el sentido que privilegia nuestro fundador por encima de cualquier otro significado. Un envío que radicalmente es del Señor, aunque su concreción histórica se realice a través del Papa y de los superiores de la Compañía. Un envío que no se realiza en solitario, sino como compañeros del Enviado. Él es el Dueño de la misión, no nosotros. En ella estamos, no como trabajadores autónomos, sino con Él y según su Espíritu. Nuestra máxima aspiración consistirá siempre en insertarnos en el trabajo de Dios como colaboradores de la misión de Cristo.

¿Dónde aprender a vernos y a vivir así? ¿Qué palabras y qué dones de nuestra herencia espiritual harían vibrar en nosotros el deseo de ser y de actuar de esta manera?

8. *Un largo informe sobre la vida religiosa actual vincula su futuro a la capacidad que tengan las diversas congregaciones de “dar respuesta a alguna de las necesidades humanas básicas, todavía no satisfechas” y a que esa respuesta se realice “desde un espíritu capaz de congrega a sus miembros en un Cuerpo”. De esta segunda condición ya hemos hablado más arriba. Respecto a la primera, tendríamos que estar muy atentos al hecho de que esas necesidades humanas básicas y no satisfechas varían con el paso del tiempo y el cambio de las circunstancias. Ayer podían llamarse educación, salud, miseria... Hoy sus nombres pueden ser: sociedad del riesgo, ecología, sexismo, mujer, globalización, pobreza, asfixia del espíritu...*

Importa mucho tener en cuenta estas transformaciones de las necesidades humanas, tanto para pensar nuevas formas de presencia directa en ellas como para re-orientar las finalidades de nuestras presencias antiguas. Importa mucho, también, mantener la mente abierta al análisis de esos cambios porque en ellos nos llama Dios.

¿No eran aquellos compañeros mucho más libres, imaginativos y decididos que nosotros para intuir el paso de Dios en las mutaciones históricas y ponerse animosamente a su servicio? ¿Por qué no abrimos a la esperanza de que, si nos colocamos en su misma onda espiritual, descubriremos muchas rutas que no hemos transitado, muchas potencialidades carismáticas que aún no hemos activado?

¿Cuál fue, pues, “su secreto” para poder hacerlo nuestro, para poder heredarlo?

No nos equivoquemos. El secreto no radica ni en las dificultades exteriores de su misión por comparación con las nuestras, ni en las internas del Cuerpo, ni en las propias de cada uno de ellos. Estuvo más bien en la pregunta continuamente dirigida a Dios; tanto en la incertidumbre personal: “¿Dónde me queréis, Señor, llevar?”, como en las encrucijadas misioneras o grupales: “¿Reducirse a un solo Cuerpo?”; o en la decisión de entregarle al Señor la última palabra y la confianza total: “Siguiéndoos, mi Señor, yo no podré perderme”.

Porque Espíritu y Misión, Espíritu y Cuerpo apostólico, Espíritu y modo nuestro de proceder, son inseparables en nuestra tradición espiritual. Para asegurarnos de que lo que hacemos es voluntad de Dios y no meramente diseño nuestro, hay que darle lugar y tiempo al Espíritu. Esa cesión y atenta escucha grupal fue lo que mantuvo a nuestros primeros compañeros alejados,

por igual, de todo espiritualismo escapista y de todo análisis meramente secular. Ese espacio concedido al Espíritu fue igualmente el secreto de que no se encerrara cada uno de ellos en esquemas fijos de pensamiento y acción, lo que les habría impedido converger en un mismo sentir y misión: “Servir a Cristo, Señor y Salvador, continuando su obra en el mundo”.

9. ¿Cómo encuentran los jesuitas de hoy la imaginación y la creatividad apostólicas de nuestros primeros compañeros? ¿Qué situaciones nuestras nos convendría exponer a su mismo Espíritu?

Nuestro momento actual está atravesado de un cierto cansancio apostólico, la “fatiga de la compasión”; de un cierto descorazonamiento y de un no saber bien qué hacer. Nos parecemos a aquellos discípulos de Jesús que, después de bregar toda la noche, tienen que confesarle de mala gana que no han pescado nada. Tiempos de esperanzas bajas que hacen mella en nosotros hasta convertirse en una peligrosa tentación...

Nos encontramos también muchas veces como sin palabra ante muchas situaciones nuevas, totalmente inéditas, para las que no disponemos de solución. Una impresión de desfase cultural y de inoperancia de la fe y de la Compañía puede hacer nido en nuestro corazón. Más grave aun. Anunciar a Jesucristo y su evangelio en esta cultura puede parecer tan “políticamente incorrecto” que de hecho renunciamos a hablar de él expresamente...

Nada de lo que nos pasa, sin embargo, debería asustarnos; un exceso de dramatismo en este punto no ayuda en absoluto. El problema no está en lo que nos sucede, sino en preguntarnos ante el Señor y con Él qué hacer con lo que nos sucede; con lo que le sucede al mundo, con lo que le sucede a la Compañía, con lo que nos sucede a cada uno de nosotros. Tal es el secreto que hemos heredado de nuestros mayores

Porque Dios sigue presente en las fracturas de nuestro tiempo, un Dios trabajador y a pie de obra tal como lo vio San Ignacio en la contemplación para alcanzar amor. Un Dios Viviente que alienta muchos movimientos, visibles unos y subterráneos otros, en una historia que, gracias a su presencia, nunca está “ni caída ni definitivamente vencida”.

¿No estaremos llamados, a la vista de este hecho, a converger y “juntar espaldas” con todos aquellos que intentan la “mundialización de la solidaridad frente a la globalización de los intereses”? Del P. Arrupe y del espíritu de la CG 32 heredamos la definición del jesuita como hombre-para-los-demás. Del P. Kolvenbach y del espíritu de la CG 34, el añadido

de hombre-con-los-demás. La colaboración con los laicos en la misión de Cristo es, sin duda, una de las realidades más prometedoras del momento presente. Deberíamos prepararnos para ella, aceptándola como un nuevo don de Dios, más que verla con recelo, escepticismo o amenaza. Si la espiritualidad ignaciana ejerce actualmente un poderoso atractivo sobre muchos creyentes, ¿por qué no ayudar a que ese atractivo inicial se prolongue en un conocimiento y vigencia cada vez más profundos de esa espiritualidad y en formas diversas de mutua colaboración apostólica?

La imaginación “política” de Ignacio de Loyola, la pasión y urgencia por anunciar a Cristo de Francisco Javier, y el arte del acompañamiento y la cercanía de Pedro Fabro constituyen tres “potenciales del Reino de Dios” no suficientemente explorados por nosotros todavía.

V. “Para que más le ame y le siga”

10. Ignacio nos ha dejado un legado que en muchas ocasiones suena a paradójico. Funda una orden apostólica y nos dice que la primera preocupación del jesuita ha de ser Dios. Reconoce la importancia de los medios humanos para ayudar a los prójimos, y asegura que los que unen al instrumento con Dios son más importantes que aquellos. Confía en Dios como si todo dependiera de sí, y lo pone todo en juego como si todo dependiera de Dios. Experimenta en todo tiempo la familiaridad con Dios y practica una atenta mirada a cada cosa... ¿Cómo vivir semejantes paradojas hoy?

El secreto es Jesús: conocerlo interiormente para más amarlo y seguirlo, para ser puestos con Él. La petición de la segunda semana de Ejercicios no debería caérsenos de los labios ni del corazón. Tampoco la petición de Ignacio a la Virgen, “que lo quisiese poner con su Hijo”. La experiencia de La Storta fue central en la vida de Ignacio y está llamada a serlo igualmente en nosotros. Más importante que decir la primera misa antes o después, una vez ordenado presbítero; más que si el futuro de aquella naciente Compañía será Jerusalén o Roma; más importante y primordial que todo lo que pueda acontecer a la Orden es, para Ignacio, que el Padre le ponga con su Hijo. Ése es su deseo primordial, condición evangélica de todo lo demás. Después de La Storta puede pasar lo que sea: Ignacio lo vivirá ya todo desde su nueva condición de admitido en el ámbito trinitario del amor y la misión de Jesucristo “que lleva la Cruz”.

Porque el Cristo de Ignacio, y posteriormente el de Javier y Fabro, no es un Cristo culturalmente dado, producto del ambiente o de intereses previos. Es el Jesús de los Evangelios, pobre, humilde y humillado, en quien Ignacio reconoce a uno de la Trinidad con nosotros para “hacer redención del género humano”. Es el Rey universal que nos llama a unirnos con él y conquistar el mundo para su Padre. Es el sumo y eterno Capitán que nos convoca contra las fuerzas del Maligno. Es el que padece la muerte en cruz por mí y una vez resucitado ejerce con todos nosotros el “oficio de consolar”... Ése es el Cristo que fascina a Ignacio, Javier y Fabro. Al que aman y a quien se entregan con todo su corazón. Ante quien se preguntan, llevados de una admiración y agradecimiento sin límites: ¿qué debo hacer por Cristo?, ¿qué quieres que yo haga?

II. Para Ignacio es una convicción muy querida: antes de decidarnos a hacer algo por Cristo, y en el interior de la propia acción, hemos de preguntarnos quién es Él para nosotros. Si nuestra fe y nuestro amor se dirigen a Él y con Él se abren al mundo, o si, por el contrario, terminan en otros objetos distintos. También aquí, ¡y hasta qué punto!, necesitamos soplar ese don: hacer nuestro el Cristo de los Ejercicios que, en nuestro caso, se hace real y se concreta en las Constituciones.

Sin ese amor y pasión por el Cristo que nos abre al mundo, no hay jesuita posible. En Él comienza y termina nuestra vocación. No seguimos a una idea, un programa o una causa humanista sin más. Le seguimos a Él, que ciertamente tiene un programa y está empeñado en una causa de salvación universal. Amarle a Él lleva consigo inseparablemente amar a aquellos por quienes Él dio su vida: a toda la humanidad, pero de modo preferencial a las víctimas del des-amor. Lleva consigo también amar y cuidar de nuestros compañeros, con-vocados por la misma llamada que nosotros.

De Jesús aprendemos a recibirnos sólo de Dios y a entregarnos sólo a su reino. Él nos revela ese horizonte y lo propone a nuestra libertad, haciendo posible en nuestra vida aquella “familiaridad con Dios” en la que nuestro padre Ignacio fue creciendo toda su vida y que Nadal consideraba como una gracia ofrendada por el Señor a toda la Compañía.

¿Por qué no atrevemos a aceptar a Jesucristo como nuestro “Maestro interior”; a darle la razón en las grandes encrucijadas de nuestra vida; a transitar nuevas sendas guiados por su Espíritu? ¿No estamos llamados, acaso, a inspirar nuestro modo de ser y de proceder en el suyo, tal como quería San Ignacio y pedía el P. Arrupe?

VI. Salir del propio amor

12. La gracia de Dios es siempre gracia ofrecida, pero no siempre gracia aceptada por nosotros. Requiere, como decíamos, de la colaboración humana. San Ignacio era muy consciente de este dato, por eso insistió tanto en la necesidad de “disponerse” para recibirla.

¿Cómo? Lo sabemos. La clave ignaciana que hace posible la autocomunicación libre y gratuita de Dios a nosotros es ésta: salir del propio amor, querer e interés a través de la gratuidad, la abnegación, la humildad y la pobreza...

Salir del propio amor; querer e interés no es primariamente un programa ascético. Es más bien la condición de una promesa: que Dios, el mundo y nuestro propio yo se nos vuelvan transparentes. Sin salir no se ve bien, no se puede buscar ni encontrar, las cosas nos niegan su secreto. ¿Cómo podrían manifestarnos que fluyen del amor de Dios y que existen en Él si no rompemos ese circuito narcisista que nos mantiene vueltos hacia nosotros mismos? Con razón vio Ignacio, en esa salida de sí, el termómetro más auténtico de toda vida espiritual, la clave de toda existencia que quiera transparentar el ser y actuar de Dios en el mundo.

13. ¿Qué situaciones está llamada a alentar esta herencia espiritual nuestra?, nos preguntamos nuevamente.

Al “salir del propio amor, querer e interesse” de los Ejercicios lo llama Ignacio en las Constituciones abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles. Este lenguaje suena duro. Tal vez haya que sustituirlo por otro, pero aquello a lo que apunta no puede ser sustituido. Se trata de que el centro de la escena, la interior y la externa, lo ocupe no el yo con sus viejas pulsiones de codicia, vano honor y soberbia, sino Dios. Se trata de que, desde ese lugar de adoración y de encuentro, nuestro yo se abra a los intereses de Dios, el Reino. Se trata, en definitiva, de que Dios y su Sueño sobre el mundo se conviertan en el nuevo objeto de nuestro deseo, en el “tesoro encontrado” por cuya posesión se vende alegremente todo lo demás.

Ignacio fue muy clarividente en este punto y así lo enseñó a los primeros compañeros y nos lo dejó dicho en las Constituciones: Jesuitas no abnegados hacen difícil aquella unión sin la cual no hay Cuerpo, y si son “turba” la vuelven del todo imposible.

La pregunta dirigida a Dios en el discernimiento apostólico: “¿cómo estás, Señor, en este problema concreto que nos reúne y qué quieres de nosotros?”, sólo es posible entre jesuitas que se han despojado previamente de sus pre-juicios para poder oír los gritos y susurros de Dios en la realidad; la amistad entre compañeros supone situar al otro en el centro de nuestra atención y amor, rebajando cuanto sea posible esa “hiperinversión de preocupaciones en las cuestiones del yo” tan característica de nuestro momento actual.

Predicar en pobreza, humildad y gratuidad como querían nuestros primeros compañeros, se nos ha convertido en una aspiración difícil de plasmar tanto individual como corporativamente. No siempre por falta de deseo, es cierto, pero tampoco porque lo hayamos intentado a fondo y con todas las consecuencias. Si es cierto que “aunque la obediencia nos envía, es la pobreza la que nos hace creíbles”, es ésta una herida que deberíamos mantener siempre abierta sin tratar de cerrarla en falso. Aun contando con su eterna complejidad, es mucho lo que nos queda por avanzar en este terreno...

VII. En todas las cosas

14. Lo que hizo Dios con Ignacio en Manresa supuso un vuelco tal en su vida que lo transformó de eremita en apóstol. Aquellas cinco gracias de las que habla el Peregrino en la Autobiografía, especialmente la ilustración del Cardoner y el entendimiento de cómo Dios había creado el mundo, están en la base de ese cambio tan radical. Si el mundo fluye del amor de Dios y, por tanto, no es sólo cosa sino don, si Dios está en la realidad “dándola y dándose en ella, habitándola, trabajándola, descendiendo a ella”, entonces todo es sacramento de Dios, lugar de adoración, encuentro y servicio, “medio divino”. Ya no será posible para Ignacio amar y servir a su Señor sin amar y servir a su mundo. Ésa será su gran pasión: buscar y halar a Dios en todas las cosas, articular su libertad en el proyecto de Dios, ser instrumento en sus manos.

He ahí otra de esas palabras fundantes en las que todos los jesuitas podemos encontrarnos, otra de las claves que pueden con-movernos y hacernos vibrar: “Es preciso buscar y hallar a Dios en todas las cosas... a Él en todas amando y a todas en Él conforme a su santísima y divina voluntad”. Ser contemplativos en la acción y activos en la contemplación, de tal modo que cuando nos encontramos con las “cosas” descubramos a

Dios en ellas, y cuando nos encontramos con Dios las veamos y amemos a todas ellas en Él.

Y con todo... Es posible que por razones comprensibles, aunque no evangélicas ni ignacianas, la evolución sociocultural de nuestra sociedad haya impregnado nuestra mirada de una sospecha sistemática sobre el mundo, de un cierto acorralamiento y repliegue frente a él. Es posible que le miremos como desde fuera, con una cierta desesperanza sobre su futuro... es posible que esa misma evolución nos haya dejado des-adaptados y sin palabra ante las nuevas situaciones, en un cierto paro interno que genera frecuentemente rechazos pulsionales, frustración y agresividad... Es posible que, sin ser del todo conscientes del daño que nos produce, estemos aumentando la consiguiente desolación espiritual en vez de "mudarnos intensamente contra ella"...

15. *¿Qué sucedería, por el contrario, si acercáramos a tales situaciones ese don primigenio con el que el Señor quiso bendecir a la Compañía: "buscar y hallar a Dios en todas las cosas"? Tal vez cosas tan deseables y preciosas como éstas:*

– Insertados en el hacer de Dios, recobraríamos la paz, la confianza, el abandono cristiano. Sentiríamos internamente que, porque Dios tocó al mundo en la creación y sobre todo en Jesucristo, ya nunca lo dejará de su mano, aunque muchas veces no esté a nuestro alcance saber cómo; y nos alegraríamos por ello. Nos volveríamos más asertivos y menos jueces del mundo; más profetas de la vida y menos de calamidades; más obedientes a Dios y más gustosos también de hablar de Él y de su promesa a nuestros hermanos y hermanas...

– Siguiendo los pasos de Jesús nos expondríamos solidariamente al sufrimiento de la gente: "Dejar hablar al dolor es la condición de toda verdad". Estaríamos disponibles para todos, pero con la mirada puesta siempre en los pobres, exigencia de toda salvación que pretenda ser universal...

– En nuestra toma de decisiones, personales o comunitarias, daríamos mucho más lugar a Dios a través del discernimiento espiritual, personal o en común; conscientes de la complejidad del mundo presente, por una parte, y de nuestra propensión a los autoengaños, por otra...

– No nos dejaríamos deprimir fácilmente por los fenómenos de disminución a los que asistimos, porque los viviríamos con Él, atentos siempre

a su acción de timón de profundidad, podadera y savia con la que corrige nuestros rumbos equivocados...

– Alentados fácilmente por el espíritu de los Ejercicios y de las Constituciones trataríamos de encontrar y de unirnos activamente con Dios, no sólo donde es previsible que esté, sino también donde su presencia no es esperable o resulta incluso escandalosa: en la cruz que acompaña nuestras vidas o se cierne amenazante sobre la vida de los demás. Llegaríamos incluso a entender que para encontrar a Dios “en todas las cosas”, sin confundirlo con un ídolo de nuestro deseo, es preciso encontrarlo también ahí donde más difícil se nos hace aceptar que esté.

VIII. La conversación espiritual

16. “Conversar” es una de las herramientas apostólicas más utilizadas y más apreciadas por San Ignacio desde su convalecencia en Loyola hasta su muerte: “El tiempo que con los de casa conversaba todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas”. Cercano ya al final de su vida, Ignacio recordará cómo nació en él el gusto por la conversación espiritual al experimentar los frutos que producía.

De Fabro sabemos, a través de su Memorial, que fue su alumno más aventajado en este arte de la conversación espiritual. Todos cuantos trataron con él le recordarán por este don y por los frutos que producía. En cuanto a Francisco Javier, sus cartas – otro modo de intercambio espiritual – testimonian una práctica y un aprecio similares.

La conversación espiritual es un intercambio de espíritus. Es el acto de compartir lo que el Espíritu Santo susurra en nosotros; los deseos que pone en nuestro corazón, el recuerdo de Jesús y la imaginación apostólica que inspira en nosotros, las consolaciones que nos regala. La conversación espiritual comparte también la debilidad que nos envuelve, la tentación que nos asalta... Una conversación así requiere un tipo de comunicación y escucha peculiares al que no estamos muy acostumbrados y en cuya práctica necesitamos crecer. Sin esa comunicación y escucha, la conversación espiritual se hace inviable.

17. ¿Por qué sería importante alentar en nuestra vida de jesuitas la conversación espiritual?

La fe ha perdido los apoyos sociales de que gozaba en un pasado todavía no muy lejano. Nuestra identidad creyente, y mucho más la religiosa, se convierte por ello en una identidad “culturalmente frágil”. Su plausibilidad se apoya en la experiencia personal e interna y en el soporte de quienes piensan, sienten y oran de igual manera, cada vez menos en elementos exteriores. En tal circunstancia la afirmación de que “la fe de mis hermanos confirma mi propia fe” es un hecho incontestable; también, probablemente, una necesidad. Narrarnos unos a otros la fe en el sentido antes indicado, conversar espiritualmente unos con otros, se convierte en condición de vitalidad interna y de proyección apostólica; de terapia del Espíritu contra la sensación de soledad e in-significancia que puede invadirnos.

Vivimos, por otra parte, en un momento histórico en el que, incluso con el Evangelio en la mano y sobre todo en el corazón, no es nada fácil saber qué hacer y cómo hacerlo. Por eso, hoy más que nunca, comunidad para la misión equivale a comunidad para el discernimiento apostólico. Pues bien, lo que sustenta ese discernimiento es justamente la conversación espiritual, junto a otros medios que le son también propios como la oración, el análisis, la consulta...

¿No tendríamos entonces que dar más espacio a este tipo de comunicación mutua? ¿No podríamos recuperar así la importancia que tuvo para Ignacio, Javier y Fabro en cuanto fuente de amistad y de unión, ámbito de significados compartidos y de búsquedas apostólicas?

IX. Propuestas

18. La memoria de los primeros compañeros, a la cual repetidas veces nos invita Ignacio en la Fórmula del Instituto y en las Constituciones, nos llama hoy día a hacer fructificar la misma gracia de la vocación que con ellos compartimos. Para responder a este ideal y llegar hasta donde ellos llegaron, “o más adelante en el Señor nuestro”, aunque el don del Espíritu es lo que nos debe guiar y mover, podemos también aprender en la escuela de los primeros compañeros los medios que ellos emplearon. ¿Cómo fue, pues, el proceso seguido por aquellos compañeros para formar aquella original unión de “amigos en el Señor”?

Fijémonos en Ignacio. Primero pasó por una transformación personal mediante lecturas espirituales, oración y penitencia, pobreza y contacto con los pobres y enfermos, combate interior y discernimiento en medio de

tentaciones y perplejidades. Finalmente, enseñado por el Señor, “de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño”, recibió “una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas” y no pensaba ya más que en ayudar al prójimo. Aquí empezó su larga peregrinación.

Fijémonos ahora en Fabro y Javier. En París se unieron a Ignacio, conquistados mediante los Ejercicios Espirituales practicados con extrema fidelidad. Ellos y los demás que se fueron añadiendo al pequeño grupo progresaron en la vida de fe con la oración y la penitencia, con el apostolado y la entrega a los estudios, con un estilo de vida pobre y solidaria, ayudándose en lo espiritual y en lo material y con frecuentes encuentros de amistad, de oración y de discernimiento. Más adelante, en Italia, experimentaron juntos la pobreza extrema y la solidaridad, y se dedicaron al apostolado sobre todo con gente sencilla...

Así, desde la experiencia individual de Ignacio y luego la de los compañeros, se fue gestando la vida de la Compañía naciente. Más aún: esta manera de proceder de Ignacio y los primeros compañeros se convirtió en parte de la mistagogía de los Ejercicios Espirituales y del camino de formación de los jesuitas.

Porque los Ejercicios, mediante un conjunto variado y ordenado de “espirituales operaciones”, ofrecen una mistagogía integradora de lo interior y lo corporal, de la experiencia íntima y del diálogo espiritual, de una atención a lo personal y del abandono confiado en Dios. Y la formación propia de la Compañía, tal como puede verse en el Examen y en las Constituciones, abarca oración, experiencia honda de Dios, sencillez de vida, pobreza, contacto con los pobres y enfermos, confianza y abandono en Dios, y práctica de apostolado con personas sencillas. Lo que los primeros compañeros realizaron para avanzar en el camino del Señor y que creyeron que podría aprovechar a los seguidores de su camino, se ha estructurado en nuestros documentos fundamentales.

19. Inspirándonos en ellos, nosotros podemos idear hoy medios que nos ayuden para hacer más eficaces nuestros deseos de continuar lo que comenzaron. Indicamos a continuación algunos de estos medios, con la intención de que sugieran otros que se adapten, lo mejor posible, a las variadas circunstancias en que se desenvuelve nuestra vida de jesuitas.

a) Insistamos en nuestra experiencia personal de Dios. Para ello,

- *Hagamos reflexión y oración personal. Tomemos las distintas partes de este documento para la reflexión, oración y revisión personal. Tratemos de situarlo en la circunstancia concreta de cada uno y de cada ministerio.*
- *Atendamos a nuestros Ejercicios Espirituales. Ignacio formó y unió como compañeros a Fabro y Javier mediante los Ejercicios Espirituales. Programemos con tiempo, de modo particular, esta práctica anual. Quizá hacerlos con acompañamiento individualizado y según todo el método o mistagogía ignaciana.*
- *Acudamos a la lectura espiritual. Sería la ocasión de leer durante el año alguna vida o estudio sobre los santos del Jubileo, al estilo como Iñigo de Loyola permitía que le interpelara la lectura. Sugerencias: X. Léon-Dufour, *San Francisco Javier. Itinerario místico del apóstol* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1998); Antonio Alburquerque, *En el corazón de la Reforma. “Recuerdos espirituales” del Beato Pedro Fabro* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2000); id., *Diego Laínez, primer biógrafo de San Ignacio* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2005); J.W. O’Malley, *Los primeros jesuitas* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1998); Javier Osuna, *Amigos en el Señor, unidos para la dispersión* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1998); Ignasi Salvat, *Servir en misión universal* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2002), etc.¹*

b) Demos impulso a nuestra comunidad apostólica. Con ese objeto,

- *Cuidemos nuestras reuniones comunitarias. Podríamos dedicar alguna reunión a compartir los distintos “impactos” que produce en cada uno este documento o la parte que se determine. Hablemos más desde*

¹ En la Provincia de Venezuela son varios los textos que se han publicado sobre los tres santos y que han sido escritos por jesuitas de la Provincia:

- Pedro Galdos Zuazua s.j., *San Francisco Javier. El hombre es del tamaño de sus sueños. Patrocinado por los Antiguos Alumnos del Colegio San Ignacio. Caracas, noviembre 2005.*
- Pedro Galdos Zuazua s.j., *Vida de San Ignacio de Loyola. Los jesuitas en América Caracas, 1995.*
- Roberto Martialay s.j., *Iñigo de Loyola. A 500 años de su nacimiento. Ediciones Mensajero, Bilbao 1990.*
- Luis de Diego s.j., *La opción sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus compañeros (1515-1540): estudio histórico e interpretación teológico-espiritual. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1975.*
- Carlos Guillermo Plaza s.j., *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el Memorial del Beato Pedro Fabro, S.I., primer compañero de San Ignacio de Loyola. Ediciones FAX, Madrid 1944.*

el “sentir” personal y practiquemos la escucha, para llegar más así al diálogo que al debate...

- *Involucremos a los Sectores apostólicos y a la Provincia. Sería provechoso idear algún encuentro de retiro. O bien algún encuentro en el que se combinen acertadamente tiempos de oración, de compartir, de liturgia y de celebración, para que sean un “evento” y no sólo una práctica piadosa.*

c) Recuperemos la relación con los pobres y la exposición a la pobreza.

Volvamos a las “experiencias” ignacianas. A partir de las prácticas que ayudaron a los primeros compañeros y que se proponen en las Constituciones, podríamos imaginar alguna que me ayude a transformar mis comportamientos y actitudes, y no sólo alimentar la pura información o los conocimientos. Por ejemplo: en el campo de la marginación, en ministerios con gente sencilla o pobre, supliendo, tal vez, a algún compañero en verano, en alguna enfermería de la Provincia propia o de otra, compartiendo la vida de personas en ambiente de pobreza, etc.

20. “Que Dios sea real y existencialmente el primero en ser servido en todas nuestras formas de vivir nuestra vocación; que siguiendo a su Señor, la Compañía siga consciente de la urgencia de su misión; y que, aferrados por el Espíritu, vivamos personalmente el oficio de consolador que el Resucitado viene a ejercer...”

Así resume el P. General los desafíos que nos llegan hoy de San Ignacio, San Francisco Javier y el Beato Pedro Fabro. A nosotros nos toca acoger el don e intentar que fructifique.

Volvamos a las “experiencias” ignacianas. A partir de las prácticas que ayudaron a los primeros compañeros y que se proponen en las Constituciones, podría imaginar alguna que me ayude a transformar mis comportamientos y actitudes, y no sólo alimentar la pura información o los conocimientos. Por ejemplo: en el campo de la marginación, en ministerios con gente sencilla o pobre, supliendo tal vez a algún compañero en verano, en alguna enfermería de la Provincia propia o de otra, compartiendo la vida de personas en ambiente de pobreza, etc.

20. “Que Dios sea real y existencialmente el primero en ser servido en todas nuestras formas de vivir nuestra vocación; que siguiendo a su Señor, la Compañía siga consciente de la urgencia de su misión; y que, aferrados por el Espíritu, vivamos personalmente el oficio de consolador que el Resucitado viene a ejercer...”

IGNACIO DE LOYOLA Y CONCILIO PLENARIO DE VENEZUELA

Roberto Martiálay s.j.

El nacimiento de Iñigo de Loyola (1491) y la llegada de la fe cristiana al continente (1492), hechos prácticamente coetáneos, nos permitieron celebrar consecutivamente los 500 años de estas dos efemérides, ambas muy evocadoras para nosotros. Quince años después nos vemos celebrando otro aniversario ignaciano, los 450 años de su muerte, cuando se publica el Concilio Plenario de Venezuela, realizado en respuesta al deseo del Papa Juan Pablo II de emprender una nueva evangelización al cabo de medio milenio. Más allá de oportuna resulta obligada la comparación entre la figura de San Ignacio y el CPV por ver en qué medida se iluminan el uno al otro.

El trabajo que me encarga Javier Duplá sería sensiblemente más hacedero, si contáramos ya con la edición del CPV, acompañada de sus índices completos, como sin duda la tendremos en plazo no muy largo. Esta ventaja tendría seguramente el inconveniente de convertirse en tentación por hacer un exhaustivo estudio comparativo de los temas del Concilio y los conceptos familiares a la espiritualidad ignaciana, lo cual daría evidentemente para un libro. Como este libro lo hará sin duda alguien más competente que yo, aprovecho la oportunidad dada para ensayar este trabajo a manera de esbozo y abre boca de algo que se ofrece, de entrada, como cosa verdaderamente importante para cualquier auténtico ignaciano.

La importancia se ve mejor si formulamos la pregunta de este modo: ¿Qué haría San Ignacio ante el hecho del Concilio Plenario de Venezuela? Pregunta que no hace sino concretar o acercar aquella que, del Padre Arrupe

para acá, se han hecho todos los que han sido tocados por el celo de la renovación de la Iglesia inspirándose en el Fundador. Y han sido muchos¹.

El modo de respondernos puede hacerse por diferentes vías:

Una, obviamente la primera, será por vía de intuición. Como quien dice: imaginar al santo en su despacho romano redactando una carta a sus compañeros que trabajan en Venezuela y poner en su pluma aquellas santas ideas que brotarían de su fecundo cerebro ante los informes recibidos del recién concluido Concilio Plenario. Esto, que parece una ficción y en su formalidad sin duda lo es, no por eso es un método menos genuino –ni menos ignaciano– si sabemos la afición del santo a iluminar por vía imaginativa los más trascendentales asuntos del espíritu².

Otra se ofrece seguramente en forma sugerente mirando cómo actuó el santo, qué medios puso, qué encargos hizo y qué personas destinó al Concilio de Trento, el hecho coetáneo más parecido al que vivimos en Venezuela, con todos los ajustes de ocasión por tratarse en nuestro caso de un concilio de Iglesia local entre otras considerables diferencias. El resultado podrá traer sorpresas.

Un tercer impacto nos llegará seguramente del amor de Ignacio a la vera esposa de Cristo la sancta ecclesia ierarquica. El impacto será tanto más fuerte cuanto que se trata de un perfil que nos va resultando “hostil” e inasimilable en tiempos y culturas que se han especializado en la crítica a la jerarquía o al diseño jerárquico de la Iglesia, no porque tal diseño o tal jerarquía fuesen más ejemplarizantes y menos criticables en el siglo que vio el autor de las Reglas para sentir con la Iglesia, que hoy.

Finalmente, digo a lo menos en sentido provisional, nos ayudará un elenco de conceptos característicos de la espiritualidad ignaciana para ser puestos en parangón con otros semejantes o más repetidos del CPV, haciendo, por supuesto, una previa selección por razón de su significado y pasando a hacer cualquier clase de reflexiones sobre semejanzas y diferencias, centralidad o importancia subjetiva, variables de situación, etc. Esta selección en el presente artículo tiene que ser apenas por vía de ejemplo. Y para que

1 A manera de ejemplo, ver sendos artículos de Jesús Díaz Baizán, Ignacio Iglesias y Ricardo Antoncich en Manresa 1991.

2 Así en las Reglas para hacer sana y buena elección, ver EE. 185, 186 y 187; en la Adición 2ª, EE 74; en el llamamiento del rey temporal, EE 93-95, etc.

lo del final no se quede en lo menos atendido –least and last– empezaré justamente por aquí.

I. Conceptos ignacianos en el Concilio Plenario de Venezuela

Plenario. El título del Concilio nos trae la idea de universalidad, totalidad, tan presente en la pluma de Ignacio y tan consubstancial con el propósito que inspira sus Ejercicios y Constituciones. En la Segunda Semana de los Ejercicios, que es el habitat de este Concilio evangelizador, la hallamos en las meditaciones cruciales o programáticas.

Llamamiento del rey temporal.

(93) ‘...un rey humano (...) a quien obedescen todos los príncipes y todos los hombres cristiano (...) este rey habla a todos los suyos (...) mi voluntad es de conquistar toda la tierra...’ (95) ‘...ver a Christo nuestro Señor, rey eterno y delante de todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos...’ (96) ‘...considerar que todos los que tuvieron juicio (...) offrescerán todas sus personas...’

Es notable que en este marco del seguimiento de Cristo, que está en la motivación de todo ignaciano, se resalta la universalidad y la totalidad del proyecto evangelizador en cuanto al destino objetivo del mismo y en cuanto a la disposición subjetiva del invitado. Universalidad y totalidad en la clave del entusiasmo que provoca tal invitación, vamos a decir plenaria y plenificante.

Contemplación de la Encarnación.

(102) ‘...cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres (...) se determina (...) salvar el género humano...’ (103) ‘...ver la gran capacidad y redondez del mundo, en la cual están tantas y tan diversas gentes...’ (106) ‘...las de la haz de la tierra (...) unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra...’, etc. ‘...las tres personas divinas (...) cómo miran toda la haz y redondez de la tierra y todas las gentes...’ (107) ‘...así mismo lo que dicen: Hagamos redención del género humano...’

La reiteración en la perspectiva de totalidad es verdaderamente enfática. El resto de contemplaciones que seguirán a esta primera y fundamental son pura concreción del proyecto de la Trinidad que las trasciende, abrazando a todos los seres humanos sin distinción alguna.

Las dos banderas. La meditación que propone Ignacio para situar al ejercitante en la perspectiva correcta para la elección de vida vuelve al panorama de totalidad y se detiene en:

(145) ‘...considerar cómo el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas’. (146) ‘...el sermón que Christo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos, amonestándoles que a todos quieran ayudar...’

Ya al final de la Cuarta Semana y último capítulo de San Mateo (16-20) se despide Jesús con el consabido encargo:

(307) ‘...me es dada toda potestad en cielo y tierra (...) y los envió por todo el mundo a predicar, diciendo: Id y enseñad a todas las gentes...’

La contemplación para alcanzar amor, que corona las últimas contemplaciones de los Ejercicios expresa, como resultado de todo este itinerario, la plenitud y totalidad de la entrega en el (234)

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer, todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad...’

El repiqueteo de la palabra “todo” formula la plenitud de la entrega que los Ejercicios han sembrado en el alma del que sale de ellos transformado en la vivencia del que lo es todo en todas las cosas³.

Por lo que hace a las Constituciones, el criterio de buscar el universal bien –que en el n. 258 se dice ser el fin de la Compañía– se recuerda en, al menos, cuarenta lugares y en un número notable de pasajes de las cartas⁴.

³ 1 Cor 15,28

⁴ Ver Iparraquirre, *Obras Completas de San Ignacio de Loyola*, BAC

La doble dimensión de la totalidad: todos los hombres y todo el hombre es una característica esencial de la espiritualidad ignaciana. Nos preguntamos qué sabores debe despertar un Concilio Plenario al que vivió los Ejercicios desde esta perspectiva de totalidad y si ambas plenitudes, la ignaciana y la conciliar, coinciden.

La razón de apellidarse un concilio plenario está en el destino del mismo a plantearse todos los problemas o aspectos importantes de la misión de la Iglesia en todo el país, para ser respondidos y afrontados solidariamente por todos los miembros activos o conscientes de la misma Iglesia. Es evidente que en esta proyección se tienen en cuenta como destinatarios todos los hombres y mujeres de Venezuela, a quienes se quiere llegar a través de una renovada evangelización. La dimensión plural de los beneficiarios de la gracia del Concilio coincide, dentro de los límites intrínsecos a un concilio local o nacional, con esa línea de totalidad tan repetida en los Ejercicios: todo el mundo, todos los hombres. Ni el proyecto conciliar ni el proyecto ignaciano quieren dejar a nadie por fuera.

El Concilio Plenario, al invitar a todos a hacerse cargo de las soluciones empezando por participar en su misma gestación, señala otra línea de totalidad, la que se refiere a los miembros activos y conscientes de la Iglesia, que son por supuesto una élite apostólica. Es la que correspondería en los Ejercicios a aquella táctica del buen Caudillo que "...escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía..." Aquí el todos equivale a muchos, puesto que importa una selección previa, como hizo Jesús cuando llamó a los que quiso y los hizo apóstoles "para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar"⁵, Obviamente el número de discípulos o agentes de pastoral no coincide con toda la masa destinataria del mensaje.

El Concilio tocó la utopía cuando se propuso inicialmente interactuar con el pueblo de Dios a través de las parroquias y comunidades formales para hacer el Concilio. Seguramente se anticipó a los frutos logrados del mismo Concilio, pensando en una comunidad tan real y activa como la que se consagra en el sueño y diseño de Comunidad Evangelizadora. La experiencia habló de otra manera, poniendo los límites realistas de este loable deseo. Un deseo que queda ahí como ideal adonde llegar, ya que no en realidad plena de la que partir. Y ¡ojalá todo el pueblo profetizara!⁶ Entretanto, los dos o tres centenares de personas, escogidos de todos los estamentos de la Iglesia

5 Mc 3,14

6 Núm 11,29

venezolana, laicos y religiosos, sacerdotes y diáconos, junto con los obispos, que por derecho propio estaban allí, nos representaron muy bien a los demás para hacernos sentir que el Concilio era de toda la Iglesia.

El aspecto más efectivamente plenario del Concilio venezolano es el que se refiere a la plataforma temática que, por así decir, abarcó “todo” en sus dieciséis Documentos, setenta y cinco desafíos y varios centenares de líneas de acción, como una estrella de luz en todas direcciones. La organicidad del contenido y la metodología sistemática por el Ver, Juzgar y Actuar son garantía de que el colectivo conciliar se propuso y logró expresar la panorámica y densidad de la Iglesia, tanto hacia adentro, por la variedad de sus miembros, como hacia fuera, por la ambición de llegar a todos, a los de lejos y a los de cerca, por todos los medios de difusión, de cultura, de educación, haciendo énfasis en lo perentorio –juventud, familia– sobre lo accesorio, distinguiendo los tiempos de proclamación, catequesis, celebración.

En este sentido el Concilio no sólo no defrauda sino que representa un gigantesco logro nunca hasta ahora realizado (sin negar explicables lagunas), que debe ser valorado por todos los que tengan juicio y razón como para entusiasmar y hacer oblações de mayor estima y momento en servicio del Señor, que de tal manera se pone al frente de la Iglesia invitando a todos para vencer a todos los enemigos.

Hay aquí insinuada una oscura totalidad, que Ignacio presenta en la bandera del mal caudillo, que envía innumerables demonios (...) por todo el mundo, no dexando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular. La globalización del mal, en una palabra. El CPV por su parte se refiere a la problemática de conjunto de nuestra sociedad, que se nos ha vuelto ese “cangrejo” de muchos pies, como suele decirse, irreductible a las soluciones parciales porque todo depende de todo, y todo es demasiado complicado. La oferta de un Concilio Plenario es, en lo divino y en lo humano, la ÚNICA alternativa de respuesta o solución al gran DESAFÍO. El llamado conciliar se nos ofrece como la herramienta providencial para enfrentar todos juntos y ordenadamente la singular batalla de nuestro tiempo.

Precisamente ahí es donde prende la chispa del nuevo ardor que culmina en el tomad, Señor, y recibid... Es el momento de que cada cual se examine para ver qué puede hacer, como persona, como grupo, como comunidad, como Iglesia particular, al servicio de la gran causa y al compás de toda la Iglesia de Venezuela. Sobra decir que los Ejercicios están hechos como de molde para servir de fragua para gente entregada a esa gran causa,

y que desde hoy no se entienden Ejercicios bien hechos que no conduzcan a ofrecimientos así mismo plenarios.

Como la espiritualidad ignaciana es abierta a todos los frentes, sólo mirando lo que más conduce a la gloria de Dios y al bien de las almas⁷, es claro que un Concilio que no se cierra a ningún frente importante es el lugar oportuno para que el ignaciano se aplique con el mayor entusiasmo al trabajo que, por su circunstancia, mejor le compete. Creo haber llegado al punto de haber aclarado un poquito que concilio plenario y magis ignaciano no sólo se llevan muy bien, sino que se necesitaban hacía tiempo y venturosamente hoy se dan la mano. Y a buen entendedor pocas palabras.

Comunidad. No creo equivocarme al decir que la genialidad del Concilio Plenario está en haberse formulado la Iglesia como Comunidad Evangelizadora, el tema que recorre todo el Concilio, dándole una profunda unidad teológica⁸.

Bien sabemos que los Ejercicios se destinan a la conversión del individuo, desde su primera letra: El hombre es... hasta el "Tomad toda mi libertad..." San Ignacio, por su parte, utiliza enseguida los Ejercicios para hacer grupos de amigos en el Señor, internamente unidos por el mismo ideal, y es lo que fragua finalmente en la Compañía de Jesús. Innecesario decir que la palabra Compañía, a despecho del pasado de Ignacio hombre de armas y de su querida visión de caballería ligera, no tiene el sentido de cuerpo de ejército, sino que es término usual en las creaciones religiosas de la época con el sentido de confraternidad⁹. Ignacio no es novedoso en el uso de esa palabra, sino en el de una Compañía de Jesús.

El hecho es que Ignacio es llevado por Dios a formar un colectivo comunitario de hombres, que permanecen fuertemente unidos con los lazos de una misma vivencia espiritual y una común proyección apostólica. Los hombres de Ignacio siguen afectivamente juntos, aunque los separe medio mundo, estructurándose en comunidades de vida y siendo en el conjunto una

7 *El magis ignaciano, desde el Principio y Fundamento (EE 23), recorre toda la obra de Ignacio.*

8 *En esto avanza notablemente respecto de la visión teológica de Catecismo de la Iglesia Católica, cuyos Indices, al menos en la edición que yo manejo, sorprendentemente no señalan ninguna entradilla que empiece por Comun-, como Comunión, Comunidad, Comunismo, etc.*

9 *Así la Compañía del Divino Amor, existente en Génova en 1797 (ver Archivum Historicum III 1934 p 43); y en lo civil la Compañía de los Correos de Su Sría. Ilustrísima, en el s. XVI (id. XIX 1950 p 244), entre otras.*

gran Comunidad. Las Constituciones son, a este respecto, el medio humano necesario para la común unidad a lo largo de los siglos y de los caminos, dejando al Espíritu la garantía esencial de su permanencia y crecimiento.

Son ideas trilladas en las que Ignacio se inspiró desde el principio de su conversión en el grupo de los apóstoles que acompañan a Jesús. Si los Evangelios no usan la palabra comunidad refiriéndose al grupo apostólico, pronto en Los Hechos de los Apóstoles se nos dice que la multitud de los creyentes lo tenía todo en común...¹⁰ y en similares descripciones nos refiere la realidad, o al menos el ideal, de aquella Iglesia naciente como una comunidad afectiva, litúrgica, económica, doctrinal. Hasta el punto de que antes del año 50 y no habiendo aún Nuevo Testamento escrito (el Antiguo se les perdona a los prosélitos del paganismo) ya tenemos en su máximo vigor la esencia de la Iglesia Comunidad con Espíritu¹¹.

En una palabra, el efecto formal de la recepción del Espíritu es la Comunidad. Rescatar este sólido hecho, limpiando el concepto de Iglesia del orín de los siglos y de tantas ideas bastardas en la mente de los católicos y ante los extraños, es, lo repito, la mayor deuda que tenemos con el Concilio Plenario. Por supuesto que es una Comunidad para hacer en buena medida o totalmente, a partir de inercias culturales y prejuicios que la desnaturalizan. Por tanto, el día que al menos todos los católicos, pastores, laicos y religiosos, entiendan y vivan su Iglesia como Comunidad se habrá logrado el objetivo del Concilio Plenario de Venezuela.

¿Qué es lo que implica de novedad y de superación esta visión? En lo esencial que todos los miembros desde su propio carisma aporten el servicio a que son llamados en igualdad de estimación y en términos de real fraternidad. Piensen lo que esto significa de abolición de distancias, supresión de inhibiciones, creación de relaciones de interés mutuo en la liturgia, en la familia, en la profesión, en la calle, en la política. Otra Iglesia. Tenerlo claro y caminar hacia ello con resolución y respeto es todo lo que hay que hacer para que nos conozcan como discípulos de Jesús.

Sin rechazar ninguno de los títulos que el Vaticano II toma de la Escritura para iluminar el misterio de la Iglesia¹², el Concilio Plenario escoge para su definición el de Comunidad Evangelizadora, por ser el que

¹⁰ Hech 2,42 ss; 4,32 ss

¹¹ Releer el cap. 15 de los Hechos de los Apóstoles, que nos sitúa en el a. 49.

¹² Constitución sobre la Iglesia, 6 ss

responde propiamente al cuadro histórico que nos dan de ella los Hechos de los Apóstoles. Es la misma idea que preside en la imaginación de Ignacio al hacer su Compañía. Rehacer lo que era, en sus inicios históricos, el grupo de discípulos, formados al lado del Maestro y enviados a llevar la noticia de Jesús a impulsos del Espíritu recibido. El ignaciano que esto sabe no sólo ha de sentirse bien en el marco del Concilio Plenario, sino que verá al momento que ésta es una hora totalmente nueva en que la Compañía está llamada a realizar, con especial plenitud, su propio carisma junto a todo el pueblo de Dios.

Comunidad Evangelizadora. Aunque ya está dicho, inevitablemente, urge reafirmar que la comunidad ignaciana que sale de la Gracia de los Ejercicios es comunidad ad missionem o ad dispersionem, o sea de envío y movilidad, como aquella que con Jesús recorría ciudades, villas y castillos¹³, pues para esto he salido¹⁴, como dijo el Señor a los que querían sujetarlo a un lugar; o como la comunidad de Antioquia, de la cual salían enviados Pablo y sus compañeros, para regresar nuevamente a ella¹⁵. Ése es el tipo de comunidad que tiene lugar ya desde la primera constitución de la Compañía, cuando ha de meditar cómo permanecerán unidos estando dispersos en tantos lugares,¹⁶ ya que esta disponibilidad para la misión o misiones era la esencia de la concepción ignaciana. Y vemos cómo esto se realizaba en los grandes modelos, Javier, Fabro, el mismo Ignacio, por sólo nombrar a los que tenemos presentes en el multicentenario que celebramos.

La Iglesia que el CPV define es Comunidad Evangelizadora. Quiere decirnos que la idea de Iglesia que está presente en cada documento del Concilio no es una comunidad narcisista, vuelta sobre sí o que agota la razón de ser en ella misma, sino que es una Iglesia toda para el Reino, abierta a los otros, dialogante, interesada por las realidades terrenas, comunicativa, misional. Una comunidad, diría, contagiosa, porque atrae y porque ella misma en su modo de ser descifra el misterio del Reino, esto es: evangeliza.

Ver reflejado en el Concilio Plenario este concepto de Comunidad ignaciana es para todos nosotros motivo de gran alegría en primer lugar, acícate para tomar por nuestra la bandera del Concilio, en segundo lugar, y ¡cómo no! advertencia porque se levantan los ignorantes y nos arrebatan el

13 EE 91

14 Mc 1,38

15 Hech 14,27-28; 18,22

16 Deliberaciones de Frangipiani, 11 abril 1939

reino de los cielos, o sea, examinar y preguntarnos si nuestras comunidades ignacianas son lo que ya todo el pueblo de Dios se propone como seña de identidad. No sea que se cumpla una vez más en la historia el designio de que se quite la elección recibida y se la dé a un pueblo bien dispuesto¹⁷.

Algo que debemos preguntarnos en la Compañía, más allá de si publicamos muchos libros, hacemos muchas reuniones, multiplicamos las escuelas y somos esa red impresionante y fructífera, que reconocía el Padre General¹⁸, es esta cuestión decisiva: ¿Evangeliza realmente nuestra comunidad? ¿Cómo? ¿En qué? ¿A quiénes? ¿Despide nuestra comunidad aquella fragancia, bonus odor Christi, que anuncia la cercanía de Jesús? Porque la respuesta a tal pregunta discierne, nada menos, la razón de ser o no de nuestra presencia.

Discernimiento. Una vez tocado lo que respecta al título y al significado de Iglesia dado por el Concilio, me fijaré en algo que no dudo sea para todos nosotros identificador y de familia. El discernimiento espiritual, pauta constante en los Ejercicios, en las Constituciones y en nuestra vida toda.

Veamos qué hay de esto en el CPV. Nos referimos al método utilizado por el Concilio en la selección de los temas y en su tratamiento. Por lo que tengo entendido, el temario del Concilio, a partir de un diseño abarcador pero breve y esencialista intuido por Mons. Ovidio Pérez Morales, se fue completando desde el aula a medida que nuevos aspectos requerían la dedicación reflexiva y finalmente la redacción de un documento específico. Así salieron, por ejemplo, los documentos de la Juventud y de la Familia, como extensión o énfasis del asunto de los Laicos. Así también, el de las Instancias de Comunión, para dar organicidad y aterrizaje al tema conciliar básico. Así también el de la Educación, el de la Cultura o culturas y el de los Medios de Comunicación, para hacer operativo el tema de la transformación de la Sociedad.

Por lo tanto, el Concilio no fue la explicación de un programa previo, sino que se fue inventando y dando forma a medida que los padres conciliares valoraban y discernían la necesidad de detenerse en un tema que merecía la decantación del mismo Concilio. Como estas cosas se decidían por votaciones de mayoría, que por su parte los obispos apoyaron por el principio de nada sin los otros, sabemos que el colectivo conciliar fue aportando su experiencia y sus razones para que a tal o cual materia, preferentemente a tal otra, se

¹⁷ Mt 21,43

¹⁸ Alocución del P. General a los Provinciales en Loyola, 27 nov 2005

dedicara un Documento especial. De hecho el resultado se ofrece como obra del Espíritu, al escogerse la Familia y la Juventud, dos clamores en Venezuela, que el Espíritu acompaña con gemidos inenarrables, dos grandes temas en la raíz de la sociedad presente y futura. Parecidamente la Educación, la Evangelización de la Cultura y los Medios de Comunicación Social son excelentes aciertos, que se corresponden con lo más tradicional y lo más moderno del apostolado de la Compañía, como selección entre otros varios tópicos que podrían haberse desarrollado. Esto me basta para afirmar que el Concilio se llevó a cabo a golpe de discernimiento, aunque no se aplicara ad apicem la normativa ignaciana de los tiempos de buena elección.

Pero más aún que en la selección de los temas debemos fijar nuestra atención en el modo de tratamiento, que es invariablemente el de VER, JUZGAR, ACTUAR. Referida a Cardijn, el creador de la JOC, en su ágil formulación, expresa con acierto la universal dinámica del que ordena sus facultades de voluntad y entendimiento en una empresa; y tomó pronto carta de ciudadanía en procesos grupales y comunitarios de toda especie.

En concreto VER significa reunir la mayor cantidad de datos orgánicamente dispuestos sobre un asunto para tener, de forma manejable, el cuadro real lo más exacto posible del mismo. A este respecto, la parte descriptiva de algunos Documentos, pongo por caso el de la Juventud, equivale a un estudio completo de situación del más alto valor, aun mirado fuera del contexto conciliar. No todos los Documentos dan la misma nota, como es normal que suceda donde se reparten responsabilidades. JUZGAR significa en cristiano aplicar a esa realidad los criterios de valoración que, tomados de las Escrituras, del sentido común y de la prudencia espiritual en función del Reino, permiten apreciar la gravedad de aquella situación y sus consecuencias. Esta parte contiene ordinariamente un pequeño tratado de reflexiones sobre un tópico conciliar. ACTUAR significa obviamente enfrentar el problema adoptando las medidas que responden a su solución o enderezamiento. Al tratarse de ámbitos muy amplios y de larga trayectoria, el Concilio presenta las caras del asunto en forma de DESAFÍOS, para los cuales propone sabiamente LÍNEAS DE ACCION y no recetas o particulares mandatos por lo general. De esta forma el CPV se mantiene en un alto nivel directivo, que le asegura una larga vida.

Estamos seguros de que este diseño es un verdadero acierto, tal que en su sencilla uniformidad nos permite abarcar la gigantesca temática sin perdernos en el bosque. Sobre todo en el procedimiento elegido vemos la

garantía de un Concilio dinámico, que más que enseñar se propone llegar a la acción, transformar la realidad, una verdadera y extensa metanoia.

¿Qué diremos a todo esto desde el modo de proceder ignaciano?

Dicen los biógrafos del Santo que Ignacio era muy amigo de repasar los cómo y los por qué de los asuntos, para formar un juicio acertado de causas y optar por los caminos conducentes a las soluciones, bien mirados los elementos de cada situación en su propio escenario de realidad. Es la cualidad del hombre de acción que evita dar pasos en falso en la ejecución de su propósito. Y añaden que era tardo y meticuloso en pesar las razones para una determinada resolución, pero que, una vez tomada, no había fuerza en el mundo capaz de desviarle de ella.

La forma como escribió las Constituciones fue proponerse un asunto y llevarlo a la oración, controlando con sucesivos exámenes las consolaciones sentidas hasta persuadirse del querer de Dios en ese asunto. Pero también sabe que al fundador de una Congregación no le son inspiradas todas las cosas por menudo, sino las más esenciales, dejando las otras a su buen criterio. Aquí entran los pros y los contras para inclinarse del lado donde está el peso mayor de razones espirituales, según la doctrina de los Ejercicios para la elección de estado, aplicable, en su medida, a cualquier otro tema de elección.

En su correspondencia desea estar en todo informado para dar una respuesta, que llevará también a la fragua de la oración, dejando al criterio de los que conocen de cerca las circunstancias el juicio práctico de tal asunto. Dado el reposo con que ha sido llevado el CPV en sus diferentes fases, bien podemos decir que su método de conjunto coincide con el método ignaciano.

Para no caer en angelismo, debo reconocer que no es oro todo lo que reluce. Me estoy refiriendo a la dudosa sinceridad del clero conciliar para entrar en los cuestionamientos del método y dejarse evangelizar por las bases, resultando reacios a la hora de la verdad. Ya que en las respuestas a los cuestionarios iniciales recibieron la crítica usual al cura mandón, al cura cacique, al cura funcionario, al cura rutinario, indolente, homosexual, etc. La parte descriptiva VER del Documento dedicado a los pastores escamoteó "por justos respetos" la parte negativa de estos análisis y se extendió en bellas consideraciones sobre el sacerdocio, muy aceptables como lectura espiritual. Y así salió un documento hipócrita de TAPAR, JUZGAR y ACTUAR bien

*distinto de lo que se hizo, por ejemplo, en el Documento de la Juventud. Es por aquí por donde podría hacer agua el fruto del Concilio, a falta de voluntad de conversión en los pastores. Y que no veamos, en breve, una carrera por encaramarse y ocupar puestos en los altos organismos nacionales propiciados en varios Documentos. Y venga a ser la situación de toda la casa peor que al principio.*¹⁹

¿Colegios o parroquias? Para terminar esta parte conceptual, dejando muchas cosas en el tintero, insinuaré un aspecto que se presta a cierta crítica.

En tiempos de Ignacio el obispo era una figura absolutamente mundana y el sistema de canonjías, prebendas eclesiásticas y sedes en propiedad le daba a la parroquia un carácter de inamovilidad, incompatible con el proyecto apostólico de la Compañía. El peor inconveniente de la estructura piramidal de la Iglesia es aquella mentalidad de ascenso, tan opuesta al evangelio, que se pregunta quién es aquí el más importante, objeto de ambiciones personales y de continuas reprimendas de Jesús a los discípulos. ¡Ustedes no así!²⁰ Ignacio evadió la estructura piramidal con dos medidas: excluyendo la mitra para los miembros de la Compañía²¹ y evitando tomar parroquias a su cargo.

La experiencia orientó a la primera Compañía por la opción de los colegios, como extensión de las casas de formación a una elite piadosa de laicos, que era a su vez cantera de vocaciones a la Compañía²². Tanto parroquia como colegio han sufrido grandes transformaciones, aquélla como plataforma apostólica de gran alcance, éste como instrumento de cultura para las masas, bajo las leyes del Estado. Aun así, la Compañía se decanta en general por el ministerio de colegios y universidades, al revés del clero diocesano que se estructura en función de las parroquias.

¹⁹ Lc 11,26

²⁰ Mc 10,42

²¹ *Creía esto ser “de suma importancia para perpetuar el buen ser de la Compañía y excluir de ella con grande diligencia la ambición, madre de todos los males en cualquier comunidad o congregación” (Const. N. 817) “Si yo quisiese imaginar o conjeturar algunos medios para derrocar y destruir esta Compañía, este medio de tomar obispado sería uno de los mayores o el mayor de todos”. (Carta a Fernando de Austria, dic. 1946. Iparraguirre p. 676) Se quiso hacer obispos a los pp. Lainez, Simón Rodríguez, Broet, Bobadilla y más tarde a San Pedro Canisio. San Ignacio se resistió siempre con gran firmeza.*

²² *La utilidad de los colegios como estabilizadores de la fe católica fue decisiva, como para afirmar que marcaron con cierta exactitud geográfica la línea de contención del avance del luteranismo.*

La composición de miembros del CPV pudiera reflejar la estructura piramidal predominante en el matiz de algunos Documentos. Sin querer y subconscientemente se identifica Iglesia (o comunidad) local con Parroquia, y por ende fiel cristiano con feligrés, estrechando los ámbitos de evangelización al horizonte de párrocos, normalmente agobiados con tareas administrativas y de sacramentalización. La emancipación profesional del mundo que nos toca queda a mi modesto parecer desatendida en los Documentos.

Para terminar añadiré que la Compañía se identifica más con el mensaje conciliar de conjunto que con el Documento para los religiosos.

II. Ignacio ante una coyuntura histórica comparable:

Trento

Si la Iglesia venezolana quiere trazar una gran reforma de la sociedad y de ella misma, es lo que se planteó a nivel universal la Iglesia del XVI, por más que esto sucedió a remolque de la reforma protestante.

La circunstancia que provocó el Concilio de Trento fue la crisis de identidad eclesial que explotó en la rebelión luterana. Lo que empezó con la abusiva campaña de la venta de las indulgencias para sufragar los gastos de construcción de San Pedro, se convirtió en un problema doctrinal en la raíz misma de la fe, oponiendo la autoridad de la Biblia a la autoridad eclesiástica. Y el efecto fue la ruptura de la Iglesia, o la ruptura de muchos con la Iglesia Católica para constituirse en iglesias evangélicas, dado que la falta de unidad jerárquica generó irremediablemente la multiplicidad, al son de las interpretaciones.

El problema fue de tal calado que sigue planteado en los mismos o parecidos términos a 500 años de la primitiva crisis.

El Concilio ecuménico, que reunió a un alto número de obispos de la Iglesia Católica en Trento, se enfrentaba con un asunto de doble cara, doctrinal y disciplinar (teología y pastoral) y en ambas estaba implicado el crédito de la misma autoridad conciliar o de sus pastores. El concilio hizo énfasis en el aspecto doctrinal, siguiendo la tradición de los anteriores concilios, que habitualmente apuntalaron la fe cristiana con definiciones dogmáticas. En este sentido, el concilio tuvo que hacer luz y tomar posición en un verdadero caos de opiniones y de tendencias, que alteraba la tranquila posesión y profesión de fe católica vigente hasta entonces.

Muchas cosas que pertenecían, de antiguo, a la vida de la Iglesia debieron ser redefinidas. Es el caso de los sacramentos, incluido el de la Santa Eucaristía, donde la Iglesia expresa su unidad misteriosa en el Cuerpo de Cristo. Si el concilio puso claridad en la profesión del fiel católico –lo que ha de creer, lo que ha de orar, lo que ha de obrar, lo que ha de recibir– no conjuró la crisis para los que ya se habían situado al exterior de la autoridad papal.

Tocante a la disciplina se dio también una normativa pastoral, que poco a poco fueron introduciendo en la práctica de la Iglesia los grandes artesanos de la catolicidad, como San Carlos Borromeo.

San Ignacio, coetáneo a toda la crisis, que había vivido en toda su hondura y en las fronteras más adelantadas desde los tiempos de la Sorbona, tenía una intacta sensibilidad para el respeto a la jerarquía de la Iglesia, cuyas lacras conocía tan de cerca por otra parte. Esta postura, bebida en las profundidades de su mística, hace de Ignacio la contrafigura de Lutero²³, optando por reformar la Iglesia desde dentro en lugar de romperla por dentro.

Aunque las Obras de San Ignacio a mi alcance no recogen referencias explícitas al Concilio de Trento,²⁴ el Fundador no dejó de ver que el futuro de la Iglesia se ventilaba en aquel Concilio y que ningún instrumento apostólico podía ser comparable a la maquinaria conciliar, especialmente en la hora que marcaba un quicio de la historia de occidente. Por consiguiente se convirtió desde su discreto escritorio en un servicial de la causa del Concilio, designando para tal cometido a los teólogos Láinez, Jayo y Fabro, esto es a los más competentes, doctrinalmente hablando, del grupo inicial de la Compañía. Luego Fabro no podría ir, pero a estos tres envía una carta a principios de 1546²⁵ con recomendaciones espirituales y modo de proceder, especialmente en el hablar dentro del aula. Como Jesús al enviar a sus discípulos, no les provee de ningún sermoncito, sino que les da normas referentes a la edificación, la elocuencia de sus personas; con ello va al fondo de las cosas, creando la imagen de un clero diferente, lo cual no se logra con ninguna clase de discusiones. Ignacio no entra para nada en la doctrina que deben sostener ni menos a intrigar en ningún sentido. Les dice por ejemplo:

²³ Ver Introducción a San Ignacio de Loyola por Ricardo G. Villoslada, p 6.

²⁴ A tener en cuenta que Ignacio muere antes de iniciarse la tercera fase conciliar.

²⁵ Iparraguirre, o. c. p 668.

...sería tardo en el hablar, considerado y amoroso, mayormente cerca definir las cosas que se tratan o son tractables en el concilio. (...) ayudándome en el oír, quieto para sentir y conocer los entendimientos, afectos y voluntades de los que hablan, para mejor responder o callar. (...) No traería por auctores personas algunas, mayormente siendo grandes, si no fuese en cosas mucho miradas, haciéndome con todos y no me apasionando por ninguno. Si las cosas de que se hablare son tan justas, que no se pueda o deba callar, dando allí su parecer con la mayor quietud y humildad posible, concluyendo salvo otro parecer mejor. Finalmente, para conversar o tractar en las materias adquiridas o infusas, queriendo hablar en ellas, ayuda mucho no mirar mi ocio o falta de tiempo con priesa, id est, no mi comodidad, mas traerme a mí mismo a la comodidad y condición de la persona con quien quiero tractar, para moverle a mayor gloria divina'.

Luego se extiende en las ocupaciones y ministerios de sus compañeros fuera del aula. Se percibe al humilde Ignacio, que conoce la superioridad teológica de sus amigos más letrados y el Ignacio fino conversador, insuperable en el arte de adaptarse al dialogante y ganarlo para la causa de Dios.

Ignoro si los jesuitas participantes del CPV leyeron estas instrucciones de Ignacio y si se las pusieron como Carreño de sus actuaciones²⁶.

La circunstancia del CPV, ni más grave ni menos grave, es absolutamente otra. En un mundo globalizado, donde todo, conductas, opiniones, posiciones, está presente en todo, al instante, en la pantalla y en el ámbito vecinal, la Iglesia Católica necesita perentoriamente dar a todos sus fieles y ante el resto de la sociedad su seña de identidad bien clara; y sobre todo plantear un frente coherente en la línea de evangelización que tiene encomendada, so pena de acusar los efectos de una continua erosión. Un Concilio, por tanto, teológico-pastoral, con énfasis en lo segundo o sea en la dinámica de su expresión profética.

¿Dónde se sitúa Ignacio ante este Concilio? Yo diría que el CPV viene al encuentro de Ignacio, esto es de su Compañía aquí y ahora, para confortarla

²⁶ *Otras Instrucciones a Salmerón, Canisio y Jayo, enviados a restaurar la fe católica en Alemania, hallará el lector en G. Villoslada, San Ignacio de Loyola, p 868 ss. El 13 agosto 1554 redacta para Pedro Canisio lo que podría llamarse un Programa de Reforma Católica en Alemania. Id. 870 ss.*

y orientarla en múltiples sentidos. La demarcación de un frente de prioridades para todo el colectivo eclesial, la totalidad del planteamiento porque todo está imbricado en todo, la redefinición del ser de la Iglesia como Comunidad Evangelizadora, la conciencia de toda la Iglesia sobre cuáles son sus internas relaciones, la valoración de los diferentes carismas, la apertura al diálogo, la sensibilidad y audacia ante los problemas de nuestra hora... todo eso, y más que me dejo, los ojos de Ignacio deben verlo como maná llovido del cielo, porque coincide sustancialmente con el celo que ordinariamente conduce a la Compañía en sus reflexiones y búsquedas, a mayor gloria de Dios.

Como fiel hijo de la Iglesia, Ignacio se dejaría conducir también a la luz del Espíritu para repensar sus posiciones, dialogarlas con los pastores, y volverse animador de esta nueva presencia de Dios en nuestro suelo, que es prioridad de prioridades.

Entra en lo posible que el regalo obnuble al vidente, que el árbol oculte el bosque, como se dice, y que el jesuita se restriegue los ojos ante esta luz matinal de nueva aurora, como no entendiendo y siguiendo a lo suyo. Esto es lo que puede pasarle al jesuita absorto en lo que hace y desbordado por la problemática realidad. Pues bien, Ignacio le dice: ¡Despierta! Ponte en camino con todo el pueblo de Dios, encuádrate en la batalla frontal del Buen Caudillo, estudia, enseña, promueve el CPV. Sacude la secular inercia, olvida prejuicios, conviértete y cree en el Evangelio.

III. Devoción de Ignacio a la Iglesia jerárquica

Dentro del legado ignaciano de espiritualidad las Reglas para sentir con la Iglesia²⁷ son un capítulo rutinario de la ordenación de la propia vida que se busca en los Ejercicios y un examen de repaso para llevar a la reforma de vida quien de ello tenga necesidad. La vigilancia ante aquel espíritu desencarnado que se mofa de los sacramentales donde el pueblo sencillo toca y siente la religión, coloca a Ignacio en una posición que hasta podría tildarse de reaccionaria, pero que expresa, sobre todo, el profundo respeto a la tradición aceptada por la autoridad eclesiástica y la importancia que el Santo le da para la expresión sana de la fe.

Los términos sentir y sentido son de carácter mental, equivalentes a pensar y pensamiento. La conversión que Ignacio propone a este respecto

²⁷ Para el sentido verdadero que en la Iglesia debemos tener: Números 352-370 de los Ejercicios.

es una metanoia, cambio de mentalidad. Destacan a este respecto las reglas 1ª y 13ª.

La primera: depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y prometo para obedecer en todo a la vera esposa de Christo nuestro Señor, que es la nuestra sancta madre Iglesia hierárchica²⁸.

Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárchica así lo determina, creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras almas, porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra sancta madre Iglesia²⁹.

Decir que es negro lo que yo veo blanco, porque la Iglesia dice lo contrario, es una forma enfática de hablar, siendo la norma última de la moral la propia conciencia. La letra de esta sentencia conduciría a las angustias de Galileo forzado a decir que la tierra está quieta, en base a una interpretación contemporánea del Génesis, cuando su telescopio le dice que se mueve. Para el propósito de este artículo, me basta anotar la devoción de Ignacio en acomodarse a la doctrina y a la práctica aceptada de la Iglesia, que con tan forzada expresión trata de inculcar. Como actitud de respeto y adhesión a la autoridad eclesiástica es buena admonición para los que vemos rebajarse las palabras de la Iglesia al nivel de las opiniones, que cualquiera puede poner en solfa.

Esta reverencia de Ignacio pasa a su forma de tratar con los obispos, sobre lo que hay ejemplos abundantes donde espigar:

A Mons. Gaspar Cofre de Borja, obispo de Segorbe, le escribe:

Suplico a Vtra. Sria. Redma. no solamente tenga por suyos los colegios de estos tres reinos, con los que en ellos están, pero de la mesma manera todos los que en todas partes estamos desta mínima Compañía, pues lo somos con obligación y devoción tan particular en el Señor nuestro, a quien plega por su infinita y suma bondad darnos a todos su gracia cumplida para que

28 Ejercicios 353

29 Ejercicios 365

*su santísima voluntad siempre sintamos y aquella enteramente cumplamos*³⁰.

Como podría objetarse que este estilo obsequioso responde a la cortesía de Ignacio tanto para obispos como para otros importantes personajes, saldré de equívocos con la carta que escribe a Mons. Fernando Vasconcelos, arzobispo de Lisboa, a 26 de julio de 1554, que puede servir de testimonio por muchos otros sobre la consideración del Fundador con los prelados. Dice así:

Rmo. mi señor en el Señor nuestro. La suma gracia, etc.

Siendo no solamente conforme a nuestro instituto, pero muy especialmente encomendado en nuestras Constituciones, que, dondequiera que los de nuestra Compañía mínima residan, hagan recurso al perlado, y le reconozcan por padre y señor, y se ofrezcan a servirle, según nuestras flacas fuerzas y profesión, en el negocio de las ánimas que están a su cargo, hame parecido conveniente, no solamente encomendar a los nuestros, que tienen casa y colegio en esa ciudad, hagan su deber en esta parte, pero aun hacerlo yo desde acá en nombre de toda nuestra Compañía.

Y así suplico a V. Sría, Rma. a todos acá y allá nos acepte y tenga por hijos y siervos suyos en el Señor nuestro, y haga cuenta de tener siempre, en todos los que en su arzobispado se hallaren de nuestra Compañía, otros tantos ministros fieles y obedientes, para llevar, conforme a su profesión, la partecilla que pudieren del peso que puso Dios N. S. sobre los hombros de V. Sría. Rma., y es necesario se reparta con otros para poderse llevar. Y será para mí muy gran consolación, así por la cualidad del cargo como por el mucho valor de la persona de V. Sría. Rma., que a todos nos tenga por cosa suya, y de los de Lisboa tome especial protección, y les comunique las gracias que a V. Sría. paresciére ellos deban usar para ayudar a las ánimas de su cargo.

³⁰ *Obras Completas*, p 920.

Y con esto no otro, sino humildemente pedir la bendición y oraciones de V. Sría. Rma., y por rogar a Dios N. S. a todos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos, y aquélla cumplamos.³¹

Muy dentro del sentir ignaciano, la 259 de las Normas Complementarias de las Constituciones, dice:

Guardando la disponibilidad fundamental para con la Santa Sede, todos, y en primer lugar los Superiores, movidos por el deseo de colaborar y el espíritu de comunión, deben proponerse seguir y poner en práctica los planes, decisiones y obras de la jerarquía, de modo que nuestras obras se armonicen con los programas pastorales de las iglesias locales, siguiendo la tradición que siempre estuvo en vigor en la Compañía, a saber, servir a la Iglesia tanto en la proposición de la fe como en su propagación y defensa.

Y cita, al pie, las cuatro últimas congregaciones.

A niveles de Vida Religiosa, hemos vivido etapas de disonancia entre la Conferencia Latinoamericana de Religiosos y la Conferencia Episcopal L.A., donde la Santa Sede no llegaba a comprender posiciones polémicas que no se correspondían con el buen entendimiento habitual en que discurre la actividad pastoral entre obispos e institutos religiosos. El CPV es la gran ocasión, no sólo de dejar para la historia aquellos desagradables momentos, sino para avanzar, de lleno, en una etapa de colaboración y de diálogo fraterno. A mi modesto entender, estamos en tiempo de consolación, que hay que aprovechar al máximo para fomentar ese clima de docilidad que es el estilo de Ignacio con la vera sposa de Christo.

IV.

La aplicación ignaciana de los sentidos imaginativos, *que siendo el primer recurso de este artículo dejé para el final, el avezado lector de los escritos de Ignacio se la propone como quien escucha el raspar de la pluma llevada sobre el papel por la mano del Fundador, que deja explayar su corazón en una carta a la Provincia de Venezuela. Poco más o menos así:*

Carta del Padre Maestro Ignacio, General de la Compañía de Jesús,

³¹ Carta 7.327, Obras Completas. p 877.

*a los Padres y Hermanos de la Provincia de Venezuela
con motivo del sancto Concilio Plenario*

Constantemente os tengo presentes ante el Señor, padres y hermanos todos de esa amada Provincia, y casi siempre el recuerdo se acompaña de consolaciones por las muchas bendiciones que en su infinita misericordia ha derramado y sigue derramando a través de vosotros, como instrumentos suyos, en esa bendita tierra tan llena de otros dones de naturaleza, según que por vuestras cartas y comentarios de los que de allí vienen soy informado.

Y aunque no es mi propósito en esta ocasión hacer el recuento, siquiera sumario, de las muchas gracias con que el Señor de todo os ha favorecido desde la llegada de los primeros subiectos de esta mínima Compañía hasta hoy, ya sea haciendo la cuenta a partir de la Colonia, ya más bien desde la fecha nonagenaria que estáis celebrando de este como segundo nacimiento de la Compañía en Venezuela, sí quiero con el favor de Dios declararos algunos puntos que más en particular él me da a sentir de la mucha deuda que en este comedio tenemos contraída con la sancta ecclesia ierarchica.

Y es lo primero tener muy presente ante su Divina Majestad, según que más prolixamente os podría declarar con escritos que aquí se guardan, que no fuisteis vosotros ni otros padres o hermanos algunos los que determinaron la llegada de los nuestros a vuestra amada tierra, en contra de lo que ligeramente podría pensarse, sino muy al contrario e incluso adversando distintos pareceres y dificultades, que en tales negocios no suelen faltar, fueron nobles y celosos prelados de la Iglesia venezolana quienes con instantes súplicas y encendidas peticiones movieron la voluntad del Santo Padre Benedicto XV a través de su nuncio y representante, a fin de que mi sucesor Wlodimiro Ledochowsky ordenara en consonancia con las Constituciones, que sin dilación alguna y sin pedir supellectile partieran dos padres a la misión que tan providencialmente les era encomendada.

Y fue tanta la voluntad que pusieron aquellos prelados y tanto el fervor con que los nuestros quisieron no ser menos en la ayuda de aquella parte de la viña, que de entrambas cosas quiso Dios bendecirnos con los frutos que ahora veis. Que no es, como os tengo otras veces dicho, del deseo y voluntad de los particulares, sino de la unión de la de todos por vía de los Superiores con el que tiene el gobierno de la Santa Iglesia, como Su Divina Majestad nos hace ver más fácilmente cuan mayores que nuestros planes son los suyos de ordenar las cosas para todo bien de su pueblo.

Y no quisiera que en esto entendierais que haya de ser siempre la suprema cabeza de la Iglesia relacionarse con el que tiene el cargo de esta mínima Compañía para acometer todas empresas, dado que algunas veces lo haga, sino que por lo ordinario se vale Dios de aquellos pastores que están más cerca del particular rebaño, especialmente en tierras longincuas, para darnos a entender lo que más conviene al sumo bien y más cuantioso fructo que, miradas todas las cosas, debemos siempre buscar. Pues así como en todos negocios naturales no solemos siempre acudir a las instancias supremas, bastando las intermedias, para obtener lo que se pretende, así tampoco en las supernaturales y divinas interviene cada vez el Sumo Pontífice en sugerir o mandar las misiones a que los episcopos según su seguro parecer nos reclaman, salva la libertad de la Compañía para más alto acudir en caso de justa discrepancia.

Pues ¿qué diréis si no el uno o el otro pastor de la grey venezolana, sino todos en junto os dieran recaudo y encomienda para una determinada misión que mucho se necesitara? ¿Sería la Compañía remisa en tomarla con menor denuedo y voluntad, como si nosotros gozáramos de tal especialidad entre los cristianos católicos que sólo hubiera de mandarnos el Vicario de Cristo en persona? ¿No entraría por esta grieta un particular orgullo, del que algunas veces nos achacan los seculares enemigos no sin algún fundamento dado por nuestra parte? Y ¿qué si ya no sólo los prelados en junto sino todo el pueblo católico de Venezuela unido a aquellos sus legítimos representantes os pidiera, como a celosos apóstoles, que cooperaseis en lo que más conviene al bien de todo el pueblo santo? ¿No es demasíadamente claro que no será digno seguidor de Jesús en esta su Compañía el que postergara semejante invitación a título de otros trabajos?

Si esto se sigue de considerar el que hace la encomienda, ved cuánto importa lo que se encomienda en ella, pues no es un bien particular el que se propone en el sancto Concilio Plenario de Venezuela, sino que consideradas todas las causas que atañen a la Iglesia de Dios en esas partes y miradas las más urgentes de todas ellas, hanse señalado las que más importan para en ellas todos juntos tomar providencia de salvar lo que pelagra, según que el discernimiento de los en aquél congregados les fue iluminado por el que todo gobierna en la Iglesia a mayor bien. Y el ser éste tan universal que a todos miembros urge y abraza, ministros, religiosos y laicos, con mayor reto en lo que más importa al bien de todos, esto es la juventud y la familia, y más ser llamados a dialogar con los de afuera de la Iglesia para que se haga un solo rebaño y un solo pastor, según que el Señor Nuestro instantemente ordenara,

me pregunto en el mismo Señor si la Compañía puede haber otro instrumento más ordenado a la mayor gloria de Dios y adecuado a la necesidad general de vuestra espiritual empresa que no sea el Concilio Plenario llevado por todos adelante y con menor sospecha de interés propio. Digo interés de en algo sobresalir no enteramente ordenado al solo bien de las ánimas.

Todavía quiero deciros lo que el Señor me da a entender cerca la natura del Concilio en lo que desto nos dicen los Hechos Apostólicos, que aun antes que se escribiesen las Escrituras del Nuevo Testamento y de que San Pablo escribiera sus sanctísimas epistolas, la Iglesia reunida en Jerusalén escribió un decreto conciliar, que hizo a la Iglesia manifestarse católica y abierta a todos. De suerte que, no rigiendo en ella otro que el Sancto Espíritu y la Comunidad unida en sus apóstoles y principales representantes, así escribieron el Decreto: Nos ha parecido al Espíritu Sancto y a nosotros... Pues siendo ello tan claro que destes dos se hace la Iglesia, digo del Espíritu y la Comunidad, para salvación de todos, no otra cosa os encomienda el Concilio Plenario que volver a la prístina y verdadera substancia de la vera Iglesia de Christo que a sí misma se entiende Comunidad Evangelizadora, clara intérprete de aquella nueva evangelización augurada para nuestros días por el Pontífice Juan Pablo 2º de venerada memoria.

Ahora mirad al propósito evangelizador y cómo en él abarca todos tiempos diversos, proclamación, catequesis y celebración, y cómo hace insistencia mayor en lo que más conduce a la plena renovación de la sociedad, a saber la Educación, los Medios de Comunicación y la evangelización de la Cultura, y veréis reflejado en el sancto Concilio aquel magis de que hace gala la Compañía como insignia apostólica de quien nos diera su propio Nombre. Quiéroos insistir que el ejemplo de la Compañía en esta hora es ir con todos allanándose a los más y deciros con la autoridad que el Señor me da en la Compañía cómo esta Iglesia Comunidad Evangelizadora que el Concilio augura es la que responde a nuestro ideal apostólico y debemos con todas fuerzas promover junto a los legítimos pastores della.

Podrá alguien decir a manera de objeción que la Compañía de suyo se especializa y discierne, no pudiendo abarcar todo como la propia Iglesia. Y le daré razón si bien lo entiende, pero si dello saca en conclusión no hacernos abanderados y pregoneros del Concilio, evitando que éste dormite en los papeles y caiga en el olvido de la desidia, como podría suceder por no poner los medios de ardor en la común batalla, o no ve ser ésta la prioridad primera que se os ofrece en esas partes, dígole que muy mal entendió lo que la Compañía toma por discernimiento para el mayor bien y gloria divina.

Me parece escuchar a alguno de aquellos que gustan de querer lo perfecto para dejar lo hacedero, que no faltan en el scripto del Concilio lagunas y deficiencias notables, que se podrían prudentemente señalar, puesto que en obra de hombres no hay nada imperfectible sobre la tierra. Y aun a esos respondo lo que alguien venido de allá comentaba al respecto diciendo el Concilio Plenario ser tan venezolano que lo es hasta en los defectos. Dile yo la razón y añadí que los defectos nos dan buena base para la inculturación, a ejemplo de Nuestro Señor que haciéndose judío en cuanto a la humana natura tomó con las virtudes las limitaciones de esta raza. Y si por ser hombre perfecto hubiera querido tener los bienes de todas las razas, no habría realizado la bendita Encarnación que nos salva a todos. Bien puede que el Señor haya permitido los particulares defectos del compósito venezolano en el Concilio Plenario y plega a Dios que todas las naciones de Latinoamérica pondrán los suyos, imitando a Venezuela en la gran virtud de mover el destino de todas a hacer su Concilio Plenario de Iglesia local.

También oigo decir que no participó todo el pueblo de Dios en la gestación del Concilio, como a los principios fuera intentado, sino una élite eclesial que a nombre de los otros fue elaborando por sus pasos de discusión los Documentos, y que esto quitaría al Concilio su condición de Plenario. Mas tampoco el Señor, según el apóstol Pedro, se manifestó en su gloriosa resurrección a todo el pueblo sino a los testigos predeterminados por Dios. Y no por eso la Iglesia universal fue fundada con menor legitimidad. A más de esto es mucho de considerar que en el Aula Conciliar se fue gestando el ideal de Comunidad por el clima que igualó en el trato obispos, religiosos y laicos participantes, y fue éste el modo como el ideal soñado se apeó a la realidad de lo posible por el Espíritu que hizo a la multitud tener un corazón y un alma.

Me he alargado en estos varios pareceres porque no penséis que os escribo falto de informes y por no dejar a la espalda enemigos de dudas y cavilaciones, que disminuyen o quitan la voluntad de colaborar estrenuamente en el propósito conciliar como corresponde a todo seguidor de Jesús, que hizo ante el Rey Eternal su oblación de mayor estima y momento, y como por lo que a mí toca y el Señor me da cargo en el gobierno de la Compañía os mando y encomiendo con todas mis fuerzas. Y es a saber, que enteramente respondiendo a la llamada del Concilio Plenario, quier ofresciéndoos, quier siendo enviados por los prepositos, con toda voluntad y deponiendo todo juicio en contrario, aceptéis y toméis por vuestro el oficio de promover el dicho Concilio oportune et importune, con todas las armas a vuestra disposición a

dextris et a sinistris, por depender de esta respuesta de toda la Compañía en tanta medida la fermentación de todo el cuerpo de la sociedad y el nacimiento de una nueva Iglesia así pregnada de la gracia conciliar.

Mando pues a todos que, según su capacidad, ultra de la oración que deben hacer por el Concilio, excogiten los medios para más cercanamente poner en obra el conocimiento, propagación y puesta en marcha de ejecución, ulterior elaboración y posterior evaluación de las líneas señaladas por el Concilio, en todo yendo en unidad de criterio y acción con los pastores de la Iglesia y los demás miembros della, mucho adversando la tentación de disgusto de los que más ponen freno que espuela en la obra de Dios. Y que, antes de otros limitados planes provinciales, pongáis los mayores ahora dados por la Iglesia, sólo que unos y otros en varias partes concuerdan, como aquel hombre que habiendo preparado su comida la deja por ser invitado a un gran banquete de fiesta y dice para sí nova sint omnia.

Y en esto prefiero que seáis más arrojados que tímidos, como poniendo en la Provincia dieciséis Ministerios por los dieciséis Documentos que querréis promover; así mismo en las Parroquias que os son encomendadas haya dieciséis ministerios o delegaciones una por cada Documento. Y que el que los coordina sea el Provincial en un caso y el Párroco en el otro. Igualmente en los Colegios y Universidades, haciendo tesis y estudios, y en las otras obras, y especialmente en los Ejercicios Espirituales tanto por los que los hacen para sí mismos como por los que los dan a otros, proponiendo mucho y en todo apoyar la obra del Concilio Plenario, porque más de cerca sigáis la orden dada por el Sancto Espíritu a través de vuestros pastores y pueblo de Dios.

Me da el Señor a sentir que así obrando la Compañía cerca de vosotros y aun deshaciéndose al modo de la sal en el agua por dar el sabor a todo el cuerpo de la Iglesia, miraculosamente habrá aquel número de selectas vocaciones a la Compañía que con vosotros deseo, según aquello de que eran bien vistos por todos y se les juntaban muchos.

Termino elevando mis ojos con mi plegaria a la Virgen Nuestra Señora Patrona de nuestra Compañía que, rodeada de sus hijos, aquí nos preside, para que siendo como es ella Madre de la Iglesia, que ha inspirado y promovido este Concilio Plenario de Venezuela, sea Ella la que una vuestras mentes y corazones en la prosecución del mismo.

De todos vosotros infimo servidor en Cristo,

FRANCISCO JAVIER Y ALBERTO HURTADO, DOS HUELLAS EN DOS ÉPOCAS

Honegger Molina García, SJ.

A pesar de los pocos conocimientos no faltó el entusiasmo para embarcarnos en la aventura de escribir sobre los puntos coincidentes y más edificantes de Francisco Javier y Alberto Hurtado, dos jesuitas que fueron capaces de incendiar almas con su verbo cargado de pasión por Cristo.

Ellos, a pesar de haber vivido en dos siglos diferentes, tuvieron la coincidencia de pertenecer a tiempos de metamorfosis, y sus vidas fueron y siguen siendo un testimonio de jesuitas con el punto de partida y de llegada bien claro: Dios. Hombres que experimentaron la locura de seguir a Jesús y expandir su misión, de un continente a otro, con unos corazones arrebatados de amor por la humanidad.

Francisco Javier representa el mayor exponente de la ascética y mística que Ignacio de Loyola forjó en el siglo XVI y Alberto Hurtado llegó en el siglo XX para encarnar la vigencia del fuego inextinguible de esa locura ignaciana del amor por Cristo que tanto bien ha traído a la humanidad.

Conocer a estos dos Jesuitas no es tan simple, primero por lo que conlleva de “peligro” el arrimarse al fuego abrasador de Cristo que en ellos permitió conquistar, en tan pocos años, a tanta gente, gracias al arrobamiento de sus vidas apasionadas por el Reino y, segundo, por la cantidad de textos y manuscritos que nos legaron y las obras que sobre ellos existen.

Dos hombres sin ambages que madrugaban a llenar sus cántaros del pozo de Dios en la oración y por la noche regresaban agotados para

arrodillarse ante el Crucificado y así poder refrescarse con el manantial de su paz, dándole gracias por los prodigios que en ellos se concretaban.

La universidad y sus implicaciones vitales

El contacto con el mundo de universitario siempre es una parte complementaria de sus existencias, primero como estudiantes, y después lo harían como académicos y evangelizadores dentro y fuera de las aulas. Hurtado pregona una caridad del universitario primariamente social y con mirada atenta al bien común. En su época, Francisco Javier fue hasta los extremos de reprocharles a los jóvenes de las universidades europeas su holgazanería al quedarse entre los muros sin condolerse de las necesidades que inquietaban en lejanas tierras.

Javier, desde sus tiempos de universitario, es de carácter tenaz y emotivo. En el colegio de Santa Bárbara conoce un amigo providencial, Pedro Fabro, quien le ayuda a mantenerse limpio en aquel ambiente. En 1529 llega Íñigo de Loyola, aunque para la «conversión» de Javier hubo que esperar cuatro años. Ni por su edad, ni por su físico, ni por su conversación, ni por sus ideas políticas se le hace atractiva su figura. Antes bien, le demuestra continuamente su antipatía. Sin embargo Íñigo sabe atraerse a Javier. Le ayuda económicamente y, sobre todo, lo aparta de “malas compañías” evitando que se relacionara con los herejes, como Javier reconoce en una carta que le escribe a su hermano, el capitán Azpilcueta.

Señor, los días pasados estuvo en esta Universidad de París el Rdo. P. Fray Vear, el cual me dio a entender ciertas quejas que v.m. tenía de mí, las cuales me contó muy a largo. Y de ser eso así, como él me contó, en que v.m. lo sentía tanto, es señal y argumento muy grande del amor y afecto muy entrañable que me tiene. Y yo sentía mucho esa pena de v.m. recibida por informaciones de algunos malos hombres y de ruin porte, a los cuales a las claras deseo mucho conocer, para darles el pago que merecen. Y como aquí todos son muy amigos míos, me es muy difícil saber quién es. Y Dios sabe la pena que tengo en diferir el castigo que merecen. Pero me consuela el pensar que lo que se difiere no se excluye. Y quiero que v.m. conozca claramente el favor que me ha hecho Dios de haber conocido al señor Íñigo... que en mi vida podría agradecerle lo mucho que le debo, por haberme ayudado con dinero y con amigos en

mis necesidades, y por haber sido causa de que yo me apartara de las malas compañías, que yo, por mi poca experiencia, no conocía.¹

Íñigo le hizo ver a Javier que era más grande emplear su vida en la obra de Dios que en los éxitos profesionales, fama, poder y gloria. La frase fue: “De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma” (Mateo, 16, 26).

En Javier el extraordinario amor a Cristo y la gran confianza en Dios fue creciendo conforme iba perdiendo los apoyos humanos y políticos. En 1533 decide servir a Dios y se hace discípulo de Ignacio junto con el saboyano Pedro Fabro, el portugués Simón Rodríguez y los castellanos Diego Lainez, Nicolás Salmerón y Nicolás Bobadilla. Hacen sus votos en la capilla de Montmartre (15 de agosto de 1534). Es el germen de la Compañía de Jesús, aprobada en 1540 por el Papa Paulo III.

Javier, fue ordenado sacerdote en junio de 1537 por el obispo de Vicenza. En la primavera de 1538 Ignacio y sus discípulos se establecieron en Roma con el objetivo de que el Papa aprobara la Compañía de Jesús; por entonces Javier actúa como secretario de Ignacio.

La austeridad de vida y la formación intelectual de los primeros jesuitas les hizo famosos y admirados en toda Roma. Por eso, el rey de Portugal Juan III y su embajador pidieron al Papa Paulo III que enviara a algunos de ellos a las misiones portuguesas de la India.

Cuatro siglos después en Chile, país del continente Americano, el año 1917, Alberto Hurtado, concluidos los estudios secundarios, hubiese querido hacerse jesuita, pero le aconsejaron retrasarlo para ocuparse de su madre y su hermano menor. En 1918 ingresa a la Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Chile, y mientras era estudiante, participa en círculos de estudios de debate social y organizaciones estudiantiles, además de reservar tiempo para la oración. Trabajando por las tardes y de noche, logra mantener a los suyos y, al mismo tiempo, estudiar Derecho en la Universidad Católica. Y durante ese período también mantiene su visita a los pobres.

En 1920 asiste al servicio militar en el Regimiento Yungay. El 14 de agosto de 1923 se gradúa de abogado, y esa misma noche viaja a Chillán para

¹ ZUBILLAGA Félix, S.I., Edición Crítica de “Monumenta Histórica S.I.” 1944-1945, edición IV, BAC, 1996, Carta 1, nº 4, 5, 6. A Juan de Azpilcueta. París, 25-3-1535

ingresar al noviciado. Allí permanece dos años, y seguidamente continúa su formación de otros dos años en Córdoba, Argentina.

En octubre de 1927 inicia sus estudios de filosofía en Barcelona, España. En 1931 viaja a Bélgica para continuar su preparación en Filosofía y Pedagogía en la Universidad de Lovaina. Gracias a su fenomenal aplicación en los estudios, se las agenció para frecuentar al mismo tiempo los cursos de Pedagogía y Psicología, culminando con honores su meta. Estos años los aprovecha para gustar y vivenciar los estudios de Teología y, desde la inmersión en los libros, también fue encontrando la familiaridad con Dios. Es ordenado sacerdote en Lovaina, el 24 de agosto de 1933, y dos años más tarde, realiza en Tronchiennes la última etapa de formación jesuita, la tercera Probación.

El año 1938, Alberto se reencontraba con el mundo universitario desde otra dimensión, y con entusiasmo frente a la concentración de jóvenes, les exhorta a sacar ejemplo del Evangelio su más que la lección: “una vida íntegramente cristiana –mis queridos jóvenes– he ahí la única manera de irradiar a Cristo. Vida cristiana, por tanto, en vuestro hogar; vida cristiana con los pobres que nos rodean; vida cristiana con vuestros compañeros; vida cristiana en el trato con las jóvenes... Vida cristiana en vuestra profesión; vida cristiana en el cine, en el baile, en el deporte”.²

Incansables en su celo apostólico

Ambos jesuitas desarrollaron a la perfección el ideal de la Compañía “ser contemplativos en la acción”, porque lograban unir las acciones concretas en diversas obras de caridad con una profunda vida religiosa y de ofrecimiento a Dios.

Aprenden idiomas e investigan todo cuanto pueden con destino a la misión. Son agudos observadores de sus ambientes religiosos y culturales, donde detectan las necesidades más hondas y abrazan a los niños como uno de los pilares apostólicos. A los pequeños les propician cobijo y educación, junto al atesoramiento de los valores del Evangelio. Javier funda los kanakappilei o catequistas laicos, casados, que se responsabilizaban de las iglesias. Redacta para los adultos un “modo de rezar”, dos catecismos para niños y una instrucción para sus catequistas.

² HURTADO Alberto, S.J., *Un fuego que enciende otros fuegos*, Centro de Estudios y Documentación “Padre Alberto Hurtado”, 2004, p. 67

También niños atraviesan la vida del padre Hurtado, siendo foco predilecto de su interés, en lo académico y en la acción pastoral; es visto recogiendo aquellos que deambulaban abandonados bajo los puentes del río Mapocho.

La vocación misionera de Francisco le lleva primero a Italia y Portugal, para luego embarcarse con rumbo a las Indias Orientales en calidad de Nuncio del Papa. En la India predica tres años y tres meses, atendiendo una leprosería. Por entonces expresaría muy gráficamente las prioridades de su vida, “¡Qué descanso vivir muriendo cada día, por ir contra nuestro propio querer, buscando no los propios intereses sino los de Jesucristo!”

Realiza trece viajes de evangelización por la India, donde obtuvo, entre las clases populares, un éxito abrumador. Dormía en sus pobres chozas, compartía su arroz y sólo bebía agua. Viajó a Malaca durante seis meses y en varias islas de Las Molucas se detuvo durante un año y medio.

Javier escribió 190 cartas de las cuales se conservan 108. Durante su vida, sus cartas recorrían Europa produciendo un fuerte impacto en los cristianos: desde el Papa Paulo III y los Cardenales de la Curia romana hasta los humildes ciudadanos portugueses que las escuchaban en las iglesias de su país, pasando por sus compañeros de la Compañía de Jesús, y los universitarios de París.

Aquí en Goa posé en el hospital; confesaba y comulgaba a los enfermos que allí estaban; eran tantos los que venían a confesarse, que, si estuviera en diez partes partido, en todas ellas tuviera que confesar. Después de cumplir con los enfermos, confesaba por la mañana a los sanos que me venían a buscar; y después de mediodía iba a la cárcel a confesar los presos, dándoles alguna orden e inteligencia primero del modo y orden que habían de tener para confesarse generalmente... En estos lugares no habitan portugueses, por ser la tierra muy estéril en extremo y paupérrima. Los cristianos de esta tierra, por no tener quien los enseñe en nuestra fe, no saben de ella más que decir que son cristianos... En estos lugares, cuando llegaba, bautizaba a todos los muchachos que no estaban bautizados, de manera que bauticé una gran multitud de niños... Cuando llegaba a los lugares no me dejaban los muchachos ni rezar mi oficio, ni comer, ni dormir, sino que querían que les enseñase algunas oraciones...

Por otra parte manifiesta, en sus escritos, una alegría y gracejo humorístico, teñidos al mismo tiempo de seriedad. Siempre tenía el corazón a punto, un gran corazón, pero atemperado al mismo tiempo de gravedad, seriedad, profundidad, en su justo equilibrio.

Así escribe a Diego Pereira, mercader portugués muy rico:

Me alegraría mucho verme con Ud. antes que se marche a China para encomendarle una mercancía muy rica, a la que dan poca importancia los mercaderes de Malaca y de China: esta mercancía se llama la conciencia del alma. Es tan poco conocida por aquellas partes, que los mercaderes creen que, si la tienen en cuenta, y usan bien de ella, todo su negocio lo pueden dar por perdido. Yo rogaré continuamente en mis pobres oraciones y sacrificios que Dios nuestro Señor lo lleve y lo traiga sano y salvo, pero aprovechando más en su conciencia que en su hacienda³.

El Padre Maestro Francisco, sin perder su porte alegre y animoso asistía a los enfermos, a cualquier hora y lugar, los lavaba, les limpiaba sus ropas y pedía dinero a los oficiales para socorrer a las necesidades más urgentes. Y con cariño les cortaba las uñas, les curaba sus llagas y tenía especial atención y cariño para los agonizantes.⁴

En el proceso para su canonización realizado en Cochín en 1556, trece testigos respondieron sobre su trato con la gente:

Jamás conocimos hombre más franco, más sincero; siempre le vimos alegre, risueño, ecuaníme; todo lo que pedía lo alcanzaba y todo lo que emprendía lo acababa, porque su amor y su humildad obligaba a todos; de preferir a alguno, prefería a los pecadores. Se llegaban a él las gentes en tropel, y grandes y pequeños le veneraban como Santo; se creía afortunado el que le conocía y dichoso el que intimaba en su amistad.⁵

3 ZUBILLAGA Félix, S.J., Edición Crítica de "Monumenta Histórica S.I." 1944-1945, edición IV, BAC, 1996, Carta 65, n. 3. A Diego Pereira. Goa, 2-4-1548.

4 GALDOS ZUAZUA Pedro, S.J., San Francisco Javier (El hombre es del tamaño de sus sueños), Caracas, 2005, p. 44.

5 Monumenta Xaveriana, Proceso Cochín, págs. 330ss.

Al otro lado del planeta y en distinta época, Hurtado suele ir en su camioneta verde a recoger a los pobres y a los niños para llevarlos a tomar leche caliente y dormir en una verdadera cama. En cada necesitado ve a Cristo sufriente. Funda talleres para darles educación y capacitarlos en un trabajo digno. Con sus múltiples ocupaciones encuentra tiempo para sus publicaciones y conferencias sobre los problemas de la adolescencia, el catolicismo, la educación y el orden social.

Movido por el dolor que le producían la miseria y el abandono de los pobres dio origen al Hogar de Cristo. En ellos veía sufrir al mismo Señor y quiso entregarse con todas sus energías a la tarea de aliviarlos.

Una noche fría y lluviosa de primavera, en octubre de 1944, se le acerca un pobre hombre con una amigdalitis aguda, tiritando, en mangas de camisa, que no tiene dónde guarecerse. Su miseria y desamparo lo estremecieron; entonces es cuando pregunta qué se puede hacer al encontrar a este tipo de personas:

Pena me da decirlo: hoy por hoy, no hay más hogar que el del Ejército de Salvación, protestante, que acaba de coleccionar para ellos esta semana por las calles de Santiago. Al verlo eché una vez más de menos que nuestra Madre Iglesia, que tantas obras de caridad tiene para todos los dolores, tenga pronto también un hogar para los centenares -en el invierno, en épocas de crisis-, millares de pobres miserables, los más miserables de nuestros hermanos, por lo tanto, aquellos a quienes Cristo nos recomienda con especial solicitud⁶.

A los pocos días, dando un retiro a un grupo de unas cincuenta señoras en la sede del Apostolado Popular, contó la experiencia que había tenido:

Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su misero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes en la persona de tantos niños que no tienen a quién llamar padre, que carecen ha muchos años del beso de madre sobre su frente... ¡Cristo no tiene hogar! ¿No queremos dárselo nosotros, los que tenemos la dicha de tener hogar confortable, comida abundante, medios para educar y asegurar el porvenir de los hijos? “Lo que

6 HURTADO Alberto, SJ., *Un fuego que enciende otros fuegos*, Centro de Estudios y Documentación “Padre Alberto Hurtado”, 2004, p. 22

hagan al más pequeño de mis hermanos, me lo hacen a Mí”, ha dicho Jesús⁷.

Después de escucharlo algunas señoras le ofrecieron joyas y limosnas; otras, prometieron hacer llegar lo antes posible una colaboración. Todo fue saliendo adelante gracias a las contribuciones de bienhechores y a la activa colaboración de laicos comprometidos. Abrió una primera casa de acogida para muchachos jóvenes, luego para mujeres, y más tarde, para niños.

Siempre inspirado en los valores cristianos, Hurtado encarnó lo que predicaba. Es por eso que sus palabras crepitaban por la fuerza del contenido: “la finalidad del Hogar de Cristo es hacer que las personas acogidas en él desarrollen gradualmente la conciencia del valor que tiene cada cual como persona, de su dignidad de ciudadano, y más aun de hijo de Dios”⁸.

Una obra apostólica que supera la simple solidaridad y que apunta a fomentar un clima de verdadero amor y respeto al pobre, “porque el pobre es Cristo”.

Hurtado, fundó la revista Mensaje y publicó once libros, siendo el más provocador ¿Es Chile un país católico? Una pregunta que también le formuló al Papa Pío XII, en una audiencia donde le explicó que los chilenos consideraban a su país como católico, pero no vivían como tales. Que no era posible ser cristiano y promover la injusticia social. Que no había ningún sindicato católico, pues los católicos les daban la espalda a los pobres. Reflexiones que publica en una serie de obras que permiten verlo como un pensador capaz de elaborar una moral social⁹.

El fuego que enciende otros fuegos

Francisco Javier es el gran apóstol de los tiempos modernos, como San Pablo lo fue de los antiguos. Su talante decidido abre el camino del oriente a un ejército de misioneros, despertando el espíritu misionero de la cristiandad. Dice el jesuita Araoz que Javier no hace menos fruto en España y Portugal con sus cartas, que en las Indias con su predicación. San Ignacio copia y envía sus cartas por todas partes, y Juan II de Portugal, el rey misionero,

7 Ídem. p. 31

8 Ídem. p. 19.

9 Este es el punto de partida de Tony Mifsud en el libro: *El Sentido Social: el legado ético del padre Hurtado*, publicado por el Centro de Espiritualidad Ignaciana.

hace que se lean en todos los púlpitos. Escritos que suscitan vocaciones en todas las universidades por donde retumbaba el eco de su mensaje.

Mantiene un afán tremendo por conquistar nuevos compañeros de aventura en Cristo: Francisco Mansillas es un buen hombre, anda sobrado de mucho celo, bondad y magna simplicidad, pero no muy letrado... Quiere ser sacerdote y creo que suplirá con su mucha bondad y suficientísima simplicidad lo que no alcanza por letras¹⁰

Hurtado solía entusiasmar a los jóvenes al sacerdocio y a la vida consagrada; de su cosecha salieron varios sacerdotes y Obispos. Asimismo llevó a muchos laicos a tomar conciencia del deber que incumbe a todo bautizado de vivir en coherencia con el cristianismo, lo cual comporta tomarse en serio el compromiso de ocuparse del prójimo y de vivir la caridad efectiva.

Vidas fundadas en la mística

Javier, fiel a la escuela de oración de su Maestro Ignacio, busca tiempo para el sosiego, para hacer su desierto personal, para la soledad, para la quietud interior en medio del agobiante y abrumador trabajo apostólico¹¹.

En Alberto, los Ejercicios Espirituales y los retiros fueron prácticas constantes. Los primeros los había recibido en el colegio San Ignacio y fueron esenciales en su vida.

Para Javier y Hurtado buscar a Dios y buscar lo que Él quiere es lo mismo, y andando en la búsqueda de Dios se encontraban necesariamente con la pregunta ¿qué quieres Señor que haga? Y la respuesta era indefectiblemente una respuesta de amor manifestado en las obras. Ponerse a la disposición de Dios se cristalizaba en hacer lo que Dios quería. Comprenden que mal podría llamarse seguidor de Dios quien no le tuviese como su única pretensión.

Las fuentes consultadas sobre la vida y obra de Alberto Hurtado destacan, desde su juventud, la docilidad a las mociones de Dios, horizonte por el que se fue adentrando hasta dejarse atraer y conquistar cada vez más por Cristo, haciendo una oblación de sí mismo al Buen Dios. Verle

¹⁰ ZUBILLAGA Félix, S.I., Edición Crítica de "Monumenta Histórica S.I." 1944-1945, edición IV, BAC, 1996, Carta 12, n. 4. A Laínez. Lisboa, 18-3-1541.

¹¹ SAGÜES REMÓN Pedro Javier, SJ., *Orar con Francisco Javier, Mensajero*, Bilbao, 2005, p. 63

y escucharle era estar en presencia de un “enamorado de Cristo”. Esto constituye indudablemente el núcleo principal de su vida de jesuita, y de aquí se derivan las otras notas distintivas de su modo de obrar y de tratar con las personas.

Predomina, tanto en Javier como en Hurtado, un fino trato con los pobres y la capacidad de amarles: un don concedido por Dios, que supieron desarrollar estableciendo, a la luz del Evangelio, una amistad cada día más intensa y personal con Jesús. Ambos hicieron suyas las necesidades y padecimientos de los demás, se dejaron fascinar por Jesús y así sus formas de vida también son parte de su ser.

La relación de estos hombres con Dios no tuvo nada que ver con un espiritualismo intimista y alejado de la realidad; fue un compartir real y efectivo con el modo de vivir de Jesús de Nazaret, tratando con las personas, mirándolas y amándolas de modo efectivo y real en el contexto social en que se encontraban.

Se las arreglaban para responder a las necesidades de los demás y mantener siempre vivo el trato personal con Nuestro Señor. Buscaban fielmente este punto medio, convencidos como estaban de que solamente estando unidos a Cristo podían ser instrumentos útiles en las manos de Dios y recibir de Él la luz y la bondad para difundirla entre la gente. Esta viva relación con el Señor les dio una particular capacidad interior de equilibrio en las situaciones límites para afrontarlas con serenidad.

La intimidad con Dios fue para ellos una prioridad absoluta y, al propio tiempo, el manantial de su afecto a los asiáticos y chilenos con que convivían. Se esforzaban por transmitirles los auténticos bienes del progreso y del desarrollo según los criterios de Dios y la sabiduría revelada en su momento histórico.

Para Hurtado la Eucaristía, fue su centro de atracción. En la celebración eucarística diaria unía su corazón al del Salvador. En las horas trascurridas en silenciosa adoración ante el sagrario, dejaba que el Señor le comunicara su Espíritu.

Javier no escatima esfuerzos para hacer que se cumpla la voluntad de Dios en su existencia, es un fiel oyente de su voz, y dócil a su mandato. En una carta a los padres Diego y Pablo de Goa, se muestra que de las horas trascurridas en conversación con el Señor saca la capacidad de hallarle presente en el mundo.

Quiso Dios con su acostumbrada misericordia acordarse de mí, y con grande consolación interior sentí y conocí su santísima voluntad que me encaminase a las partes de Malaca... Espero en Dios nuestro Señor que en este viaje me ha de hacer mucho favor; pues con tanto contento de mi alma y espiritual consolación, me hizo merced de darme a entender su santísima voluntad...Estoy tan determinado a cumplir lo que Dios me dio a entender en mi alma, que a no hacerlo me parece que iría contra su santísima voluntad, y que ni en esta vida ni en la otra me haría merced. Y si no hubiera barcos portugueses para Malaca en este año, me iría con algún navío de moros o de gentiles. Tengo tanta fe en Dios nuestro Señor, por cuyo amor únicamente emprendo este viaje, que si no hubiera este año en la costa navío alguno para viajar, y partiese tan sólo un catamarán (una balsa o junco), me iría en él confiadamente, puesta toda mi confianza en el Señor. Por amor y servicio de Dios os ruego, carísimos hermanos en Cristo, que en vuestros sacrificios y continuas oraciones os acordéis de mí, pecador, y me encomendéis a Dios¹².

¡Qué alegría, resucitar en Cristo!

No es cualquier alegría. Ambos se alejan de la fanfarronería que puede llevar a considerarse alegre cuando en realidad se raya en la chabacanería. La alegría de Javier fue la de ser auténtico y feliz en corresponder con la voluntad de Dios y, Hurtado, hasta en el último momento irradiaba felicidad. Cuando cayó enfermo de cáncer, estando en el hospital y con muchos dolores, seguía repitiendo “contento, Señor, contento”.

Javier, desde Cochín, le escribe a su padre Ignacio

Termino la carta rogando a vuestra santa caridad, padre mío del alma observantísimo, las rodillas puestas en tierra, cuando ésta escribo, como si presente os tuviese, que me encomendéis a Dios nuestro Señor en vuestros santos y devotos sacrificios y oraciones, para que me dé a sentir su santísima voluntad en esta vida y gracia para cumplirla perfectamente, y terminada

12 ZUBILLAGA Félix, S.I.: Edición Crítica de “Monumenta Histórica S.I.” 1944-1945, edición IV, BAC, 1996, Carta 51, n. 1, 2. A los PP. Diego y Pablo de Goa. Meliapur, 8-5-1545.

*esta inquieta vida, nos junte a todos en la gloria del paraíso. Amén. Y lo mismo pido a todos los de la Compañía*¹³.

El clamor de esta época

En nuestros días estamos urgidos de jesuitas que, como ellos, comprendan la novedad del mensaje de Jesús y se apunten con firmeza y sin miedo a la aventura de levantar una realidad humana con mayor justicia y posibilidades de bienestar para los pobres.

Javier y Hurtado, demostraron que no es cuestión de excesivo cerebro sino de mucho corazón, y que lo principal no consiste en montar estructuras físicas, sino que está en amar sin reservas y con especial interés a quienes nunca esperan ser estimados.

Javier y Hurtado seguirán siendo dos almas gemelas de tremenda actualidad, enviadas por Dios para despertar a la Iglesia de su tiempo de la pasividad ante la pertinencia de anunciar con vigor y testimoniar sin timidez el Evangelio.

Alberto Hurtado, fue declarado Beato por el papa Juan Pablo II el 16 de octubre de 1994 y canonizado el 23 de octubre de 2005 por Benedicto XVI. La Compañía de Jesús en Venezuela tiene una obra¹⁴ de formación académica para jóvenes, en convenio con la UCAB, bajo su protección e inspiración.

*¡Pedimos al Buen Dios para que sus vidas inspiren hoy a hombres y mujeres capaces de entregar hasta los jirones de su propia alma!*¹⁵

13 *idem*. Carta 71, n. 13. *A Ignacio de Loyola*. Cochín, 14-1-1549

14 *Las Comunidades de Universitarios Padre Alberto Hurtado (CUPAH) las fundó el padre Gustavo Albarrán SJ, en 1997, con 12 jóvenes que se agruparon en el sector San Miguel de la Vega en Caracas. Actualmente son 27 jóvenes distribuidos en 5 casas por distintas zonas populares de Caracas. Viven unidos en medio del barrio para hacer vida lo que en teoría reciben en las aulas de la UCAB. Los fines de semana realizan actividades pastorales, físicas y sociales.*

15 *Otras fuentes consultadas.*

RECONDO, José María, *San Francisco Javier, Vida y Obra*, BAC, Madrid, 1988.

RECONDO, José María, *San Francisco Javier. Biografía imposible de su muerte*, Sevilla, Biblioteca Grafite, 2002.

SCHURHAMMER, Georg., *Francisco Javier. Su vida y su tiempo*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, 4 vols.



RELATO DEL PEREGRINO EN TIEMPOS DE LA REFORMA. CARTA INÉDITA DE PEDRO FABRO ENCONTRADA EN SU LECHO EL DÍA DE SU MUERTE

José Francisco Aranguren s.j

Las grandes amistades duran a lo largo de la vida. Así las cosas en momentos de enfermedad normalmente acudimos a ellas para que nos cuiden, oigan, acompañen o simplemente sean nuestro paño de lágrimas. Entre el jesuita francés Pedro Fabro y el jesuita español Antonio Araoz¹ existió una profunda amistad. Compartieron un poco más de un año de labor apostólica entre marzo de 1545 y abril de 1546. La amistad se ve limitada una vez que Pedro Fabro es enviado a Roma a participar en el Concilio de Trento. Pero, ante la distancia, ¿quién dijo que no son buenas las cartas...? En una carta Pedro Fabro va recordando, desordenadamente, los momentos importantes de su vida ante su gran amigo –como si éste no los conociese– a la vez que le cuenta lo que significaría el último viaje de su vida y todo lo que en el camino a Roma le ocurriría.

¹ Antonio Araoz (1515-1573) Jesuita de Vergara, España que se incorpora al grupo de amigos en el Señor en el año 1539. Fue el undécimo compañero. Se encuentra con Pedro en marzo de 1545 para gestionar la ida de jesuitas hacia tierras españolas. En 1547 es nombrado el primer provincial de la Provincia Jesuítica de España.



IHS

Carísimo en Xº hermano licenciado Araoz. La gracia y paz de Ntro Redentor sea siempre en nuestras almas.

Te escribo desde mi cama, donde las fiebres me han tenido desde que llegué a Roma. He tenido suficiente tiempo para pensar, recordar y escribir a los grandes amigos, entre los que figuran Maestro Canisio, Maestro Javier y tú. He tenido la oportunidad de ser atendido personalmente por Maestro Ignacio con quien he conversado mucho con abundante fruto espiritual para ambos. Te escribiré de manera desordenada, en el orden en que a mi mente vayan llegando los recuerdos de mi vida y de mi viaje hasta aquí desde que nos despedimos allá en la corte de Madrid.

¡Cómo podré olvidar aquella mañana madrileña de abril en que recibí carta de Maestro Ignacio y todo lo que después me ocurriría! En ella me enviaba acá a representar a su Santidad Paulo III en el Concilio de Trento. Esperaba que llegase para junio pero no es sino a finales de julio cuando he llegado. En el camino iba recordando aquella primera misión recibida por el Papa, cuando me fui con Maestro Láinez a Parma. Sentía un ánimo indescriptible en cumplir la voluntad de Dios expresada a través de la voluntad de su vicario en la tierra.

En esta nueva misión, al recibir la carta de Roma, tomé mis pocas pertenencias – que por andar siempre peregrinando tenía debajo de la cama – y me dirigí al Provincial P. Simón Rodríguez y al resto de mi comunidad a comunicarle mi destino inmediato. Sabía que me costaría despedirme de ti, mi infatigable amigo, y en efecto así lo fue para mi dicha en aquel momento no estabas.

Pero el día en que definitivamente me venía, aquel día 20 de abril, después que corporalmente nos apartamos y despedimos el uno del otro, noté y sentí aquella parada que hiciste, estando cerca del ganado de las ovejas, esperando a que pudieras despedir tu vista de mí. No dejé de ver como tú te detuviste. Allí comenzó para mí una larga travesía que me traería a la ciudad eterna el pasado 17 de julio, donde todo empezó. Realmente que estaba y estoy ganado a participar en dicho Concilio ya que es una necesidad. Significa para la Iglesia su reacomodo y una opción para poder insistir en la conversión personal y la reforma de vida especialmente de los sacerdotes. Además para poder establecer una formación, lo más amplia y concreta posible, al clero.

Sobre todo que se adapte a nuestra realidad actual. Otro punto importante de este Concilio ansiado por la Iglesia universal es el hecho de la definición doctrinal que ha venido dando paso a los problemas que se han venido presentando con los seguidores de Lutero. Creo que como frutos del Concilio se deberían ofrecer algunas directrices de cómo tratar, en adelante con los luteranos, especialmente para remendar lo acaecido en aquellas dietas². ¡Oh, Antonio, cómo quise dar los ejercicios al luterano Felipe Melanchton!³ Pero en ningún momento me permitieron trato personal con él. Espero que ahora la divina providencia me permita ese trato personal necesario para traerlo de nuevo a la fe.

Creo, y te lo recomiendo, que, en adelante, las relaciones con los luteranos deben hacerse desde la conversación fresca y serena y comenzar a buscar las cosas en las que coincidimos, de modo de ganarlos con buen ánimo a reformar sus vidas y a ser seguidores de Nuestro Señor con más ardor apostólico y celo de las almas. Creo que tengo algo que decir en este esperado Concilio⁴.

Como bien sabes, en aquellos días en los que me llegó la carta de Maestro Ignacio, no andaba muy bien mi salud, como ahora, de modo que tuve que retrasar mi partida unas tres semanas hasta que vi mi salud mejorada. No me alcanzaron las energías y el tiempo para despedirme de todos en la corte y por eso te pedí ese gran favor. Tampoco de los nuestros allá en Madrid. Mi primer destino era Valencia, donde luego de bregar con innumerables inconvenientes, llegué el 29 de abril y comencé a visitar la casa de uno de los de la Compañía, cuyo padre estaba muy enfermo. En efecto, al llegar tuve que realizar sus exequias y le dije que me encontraría con el P. Francisco de Estrada en unos días. En Valencia me detuve pocos días. Inmediatamente me dirigí a Gandía donde el Duque Francisco de Borja me esperaba para poner la primera piedra de un colegio regentado por él. Fue allí donde recordé mis años de pastor, allá en Villareto, Saboya, mi

2 *Discusiones doctrinales prolongadas que se dieron antes de la reforma entre partidarios luteranos y católicos ante el Emperador. Se buscaba llegar a acuerdos pero nunca llegaron a nada. El Papa siempre enviaba sus legados para que los representaran. Pedro siempre padeció estas dietas como innecesarias y con un dejo de pérdida de tiempo y de desánimo a la vez que quedaba al descubierto lo mal formado que estaban en doctrina los representantes católicos ante los luteranos.*

3 *Felipe Melanchton. Uno de los principales voceros luteranos en Alemania. Fue en quien Martín Lutero confió su defensa ya que tenía muy buen verbo y era de ánimo fogoso.*

4 *Ciertamente se vio confirmada su intuición ya que Ignacio envió unas instrucciones para los Padres de Trento que consistían en las recomendaciones que, a lo largo de sus años, por villas y castillos había experimentado Pedro y eran recomendables a otros.*

pueblo natal, cuando mis padres querían que siguiera con esa carrera y me dio por llorar amargamente hasta lograr lo que quería: comenzar una vida de estudios. Sabía que mi tío paterno, que era monje cartujo, me ayudaría a ganar el agrado de mis padres a su propuesta -no sé ni siquiera por qué te lo comento- pero, en aquel entonces, me fui a La Roche donde conocí al sacerdote Pedro Velliardo, de feliz memoria. Dejó recuerdos imborrables en mí. Así fue, era demasiado exigente, cuestión que, como todo joven, no entendía en aquel entonces, pero que hoy le agradezco muchísimo. Con él aprendí a hablar, leer y escribir latín y griego y tuve la oportunidad de leer a los clásicos, cuestión esta de la que te has beneficiado en nuestras tertulias y conversaciones.

Fueron nueve años que asistí a aquella escuela y crecí en edad y ciencia. Recuerdo ahora también que en la primera de aquellas vacaciones en mi pueblo cuando tenía 12 años donde, mientras guardaba las ovejas, me sentí llamado a ofrecerme al servicio de Dios. ¡Oh Dios misericordioso que caminabas siempre conmigo y desde siempre querías agarrarme! ¿Por qué no supe apartarme, desde entonces, de todas las cosas para buscarte y entrar a tu escuela? Sí, licenciado Araoz, sé que debe parecerle extraño que me exprese de esta manera pero es que he tenido bastante tiempo... para pensar...

Es que en aquel entonces había en mí un desordenado deseo de saber y de entregarme a las letras, -espero que me pueda seguir porque estoy pesando en voz alta-. Y pensar que de ese deseo de saber se valió el Señor para sacarme de mi patria. Bien, no me extendo más en esto, pero le aseguro que allí está la fuente de mi vocación.

Volviendo a la realidad. Luego de colocar la primera piedra y disfrutar la estadía con el Duque, quien está bien ganado para con los de la Compañía, seguí mi camino, esta vez hacia Barcelona. Fueron 15 largos días de viaje. Los primeros días me dediqué a conocer a los jóvenes entusiastas como tú que habían sido admitidos recientemente en la Compañía. Di los Ejercicios breves y con varios comencé los Ejercicios íntegros con gran fruto espiritual. Sin embargo, -como ya estaba acostumbrado- tuve que verlos frenados por el hecho de que nuevamente caí en cama por las fiebres que seguramente habían resurgido a lo largo de mis correrías.

Y, hablando de los ejercicios íntegros, recordé a todos los que lo han hecho conmigo y hoy se cuentan entre los nuestros: Maestro Codurí y Broet y qué decir de Maestro Canisio, ¡qué grata experiencia cuando los dí a nuestro hermano maestro Pedro Canisio! Recuerdo lo difícil que fue lograr que se apartara de sus menesteres para dedicarse de lleno a lo que le pedía Nuestro Señor. Él es otro que Su infinita Bondad me ha regalado como



hijo en la fe al igual que tú. Algo que los diferencia es que mientras tú eres más apostólico, Pedro es más académico, pero los dos están llamados a hacer grandes cosas por el bien de las almas y el crecimiento de la mínima Compañía, como suele decir Maestro Ignacio al referirse a nosotros, aquellos locos que en 1534 hicimos los votos

en Montmartre y todos los que posteriormente han tenido a bien unírse nos. Pedro está llamado a ser el apóstol en la Alemania y tú entre las cortes y gente sencilla de las tierras españolas. ¡Desearía levantarme de esta cama para seguir dando los ejercicios íntegros! A través de ellos he visto cómo el creador se comunica con su creatura y cómo grandes hombres ponen todas sus energías en la bandera del buen espíritu. Claro, como bien sabes, no a todos se les pueden dar los ejercicios íntegros pero hago todo lo posible como si dependiera de mí para que así sea, aunque sé que todo está en las manos de Dios. Es el Creador quien llama, aunque nosotros los escogidos en lanzar la semilla a los corazones de sus fieles. Una vez que alguno entra en ejercicios no ceso de pedir a sus ángeles custodios para que aproveche la experiencia. Esa devoción de los ángeles la aprendí de mi amada madre y la mantengo al ver tanto provecho en el alma propia y en la de los que me rodean.

Estuve más de tres semanas limitado en mi servicio al Señor y sólo recibiendo visitas de quienes tenían a bien venir a verme. Advertí que ahora me correspondía a mí ser servido como había servido a aquellos enfermos, allá en Vicenza. Mientras el grupo de amigos en el Señor servíamos en hospitales, haciendo tiempo para aquel viaje hacia Jerusalén que se nos había metido entre ceja y ceja como voluntad de Dios, mientras era yo el responsable del grupo ya que Maestro Ignacio se había ido a respirar aires natales y recobrar su salud.

También pasaron por mi mente en aquellos días mi época de estudiante en París. Cuando con ánimo y generosidad salí para La Sorbona y el hecho de tener que llegar al colegio Santa Bárbara y compartir la habitación con otros. Tuve que enseñarle a un hombre que casi me llevaba 15 años de edad y cuyo nombre es Ignacio. Sé que ya sabías eso, pero, ¡qué ánimo me inspira el recordarlo! Al inicio yo le enseñaba, o al menos intentaba, pero había una particularidad: siempre nuestras repeticiones culminaban con una conversación espiritual en la que se encendía mi corazón como a los discípulos de Emaús (Lucas 24, 13-35). Cuando descubrí en Ignacio aquel maestro de espíritu, comencé a abrirle mi escrupulosa conciencia.

Había otro compañero de cuarto de nombre Francisco Javier, -de quien habrás conocido de oídas- deportista, inteligente y compañero estricto. Éramos tres compañeros de cuarto. Por orden de edades estaba Ignacio, de poca estatura, con 34 años y con un problema pronunciado en una de sus piernas, Francisco, de mi misma edad, 19 años, esbelto y alto con rostro de sabiondo y yo, Pedro, de 19 años, de mediana estatura y rubio de cabello. Allí nos comenzamos a reunir este grupo de amigos en el Señor que ahora somos y que el Papa ha sabido bien esparcirnos por el mundo. Allí comenzó todo. En estos menesteres ocupaba mi mente mientras ansiaba que mi salud mejorase para continuar mi viaje. Te imaginarás que me sobraba tiempo. Seguramente te habrás dado cuenta de por qué te detalló tanto los inicios: para que transmitas a los más pequeños y a los que van a ser de los nuestros esta historia de los que empezamos esta locura de seguimiento de Nuestro Señor.

Licenciado Araoz, unos diez días después que su Divina Majestad quiso devolverme la salud, - ya me había acostumbrado a estos vaivenes- me dirigí al puerto para embarcarme hacia acá. Fueron días de angustia porque había tiempo malo y no salían muchos barcos. De modo que tuve que aventurarme a cumplir mi destino al irme en un bergantín⁵. En este viaje debo confesarte que mi mente divagó como nunca antes en mi vida. Fui rezando, como era mi costumbre, a los ángeles custodios de todas las ciudades y pueblos por las que había andado y recorrido y personas con las que había compartido en mis correrías apostólicas. Comencé por la Alemania, donde quise que la Compañía echara raíces para mayor servicio de nuestro Señor y bien de nuestro Instituto, pero sólo logré iniciar ese trabajo con Maestro Canisio. Así fui por Espira, Colonia, Ratisbona, Worms, Maguncia, luego por Parma, Valencia, Gandía, Barcelona, Madrid... Rememoré todas las misiones que me habían sido encomendadas, la diversidad de gentes a quienes había dado los Ejercicios, la diversidad de personas con quienes había tratado, las inconsistencias de aquellas "dietas" entre luteranos y católicos que tanto padecí y que nunca llegaron a nada.

A ese respecto siempre estuve en desacuerdo con el modo como se daban esos diálogos. Estaban pensados para no llegar a nada nunca, como en efecto lo ha sido. Lo que creía que había que hacer era ganar las voluntades a través del trato personal y de lo que nos une, y del modo de ganar su simpatía y luego llevarlos a desear el cambio de sus costumbres y hábitos personales y en eso insistí como se nota en mi escrito ya que no es primera vez que te lo digo en esta carta.

5 Se trata de una embarcación pequeña que consiste en un velero de dos palos. (Imagínese lo incómodo del viaje y con mal tiempo).

Llegué aquí, a Roma, por fin, el 17 de julio con ánimo renovado y con el deseo de ver a Maestro Ignacio a quien tenía 8 largos años que no veía personalmente. Maestro Ignacio no esperó a que llegara, sino que fue a buscarme. Licenciado Araoz, al verlo, lo primero que le comenté fue aquella misa de Montmartre el 15 de agosto de 1534, cuando era yo el único sacerdote de aquel grupo de locos por Cristo. Significó imaginarme allá en la capilla de San Dionisio, en el momento en el que levanté el Cuerpo de Cristo y cada uno, arrodillado, fue pronunciando el voto de dirigirnos al Papa para que nos autorizara ir a Jerusalén, y en el caso de no poder embarcarnos en un año, ponernos a sus órdenes para que nos enviara a donde mejor servir a Dios y ayudar a las almas. Fue un momento festivo. Fue una fiesta que tuvimos Ignacio y yo en esa noche. Largas conversaciones como en los años parisinos, pero esta vez contándome sobre las correrías de Maestro Francisco, la expansión de la Compañía sobre la haz de la tierra, el desenvolvimiento de los nuestros de Trento, el... y yo contándole con qué ánimo vengo a participar en el Concilio, cómo habían quedado el Príncipe Felipe, las personas importantes de la corte, los obispos prendados y deseosos de que los nuestros se establezcan en España...

Ignacio me comunicó algo que no sabía hasta entonces: que tanto Maestro Laínez como Maestro Salmerón y Maestro Rodríguez me habían escogido como Preósito General de la naciente Compañía si no podía ser el mismo Ignacio. ¡Qué vueltas da la vida, pensar en que si así hubiese sido no habría recorrido la Alemania ni te hubiera conocido, Licenciado Araoz!

Antonio, han sido tantos momentos los que he vivido y andado por tantos lugares y gentes que ahora vengo a Roma con mucho ánimo y generosidad a participar en el Concilio de Trento. Te confieso que cuando leí la carta que me comunicaba mi destino acá lo primero que vino a mi mente fue el escrúpulo de qué había hecho mal. Pensé, ¿qué habré hecho mal puesto que no duraba mucho tiempo en un lugar cuando ya me enviaban a otro? Me consolaba sobremanera el simple recuerdo de los bienes recibidos y las gentes a quienes les he dado los Ejercicios. Esto dejaba mi espíritu escrupuloso en tranquilidad. Le comuniqué esta inquietud a Ignacio y él, recordando nuestros años parisinos, me expresó que en eso no he cambiado, que soy tan escrupuloso como siempre. A lo que le respondí que sí lo he intentado con el favor de Dios, pero que aún me cuesta. ¡Demuéstrame, Oh Señor, tus maneras, y enséñame tus caminos. Dirígeme en tu verdad, y enséñame; porque Tú eres Dios mi Salvador!

Hace unos días, Antonio, les escribí a Maestro Laínez, Maestro Salmerón y Maestro Jayo, que ya están en el Concilio, que me les uniría en unos días cuando me recupere. Porque, como en otras ocasiones, ya pasará... seguro que pasarán estas fiebres...

Quisiera agradecerte, por esos momentos compartidos en el trabajo, cuando intentábamos ser contemplativos en acción como nuestra espiritualidad nos lo propone.

Agradezco grandemente a Nuestro Señor y a la Santísima Trinidad aquellos meses transcurridos entre marzo del año pasado y abril de este año; aquellos momentos en que sobre todo predicabas mientras yo me dedicaba más al trato personalizado, a las confesiones, catequesis a los niños y rudos, al contacto con los cortesanos del Príncipe Felipe... al...

Ora muchísimo al Espíritu Santo que se digne moderar en nosotros todo espíritu. Fortalece tu fe a través de la oración asidua, la predicación precisa y el examen perseverante. No dejes que tu corazón se aleje de tu Señor. Cuando puedas envíame mis apuntes espirituales y manuscritos que dejé por aquellos lugares, creo que me serán muy útiles por estas tierras romanas.

¡Que la divina clemencia me conceda la gracia de recordar y valorar toda mi vida los beneficios que Dios nuestro Señor me concedió!

Sé que esta carta ha sido un tanto desordenada, pero quisiera que supieras que fue para mí un desahogo, dado lo débil que me siento por estos días. Haz lo posible por responderme esta carta. ¡Oh! ¡Con qué deseo espero letras tuyas! Por mi parte te escribiré una vez que me haya unido a los que están en el Concilio. Un saludo al Príncipe Felipe. Dile que apenas pueda me gustaría escribirle. Recibe los saludos de Maestro Ignacio, te agradece toda tu labor epistolar para tenerlo al tanto de tu gestión para la entrada de la Compañía a España.

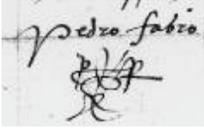
Licenciado Araoz, te imploro, que apartes de ti lo que te separe de tu Señor y Creador. Aparta de ti lo que te haga indigno en su presencia, tu control, tu corrección de tus palabras y conversación; de su benevolencia y amor.

Aparta de ti todo mal que te impida verlo, oírlo, probarlo, saborearlo y tocarlo; que te impida temerle y estar pendiente de él; conociéndolo, confiándote a él, amándolo y tendiéndolo; siendo consciente de su presencia, y en la medida que puedas, disfrutándolo.

Esto es lo que pido por tí y sinceramente deseo de él. Amén.

De Roma a 31 de julio de 1546.

Vuestro en el Señor hermano,


 A handwritten signature in dark ink on a light-colored background. The name 'Pedro Fabro' is written in a cursive script. Below the name, there are several stylized initials or flourishes, including what appears to be a large 'P' and 'F' intertwined.

Inscriptio: A mi hermano en Cristo Nuestro Señor el P. Maestro Antonio Araoz de la Compañía de Jesús en Madrid.

Manu magistrí Ignatií. De mano del P. Pedro Fabro. Hallóse en su lecho de muerte.

El texto se trató de una carta que le hubiera podido enviar a su infatigable amigo. Le deja lo mejor de su experiencia espiritual: el relato en primera persona de sus correrías y sus experiencias con el grupo de los primeros compañeros.

Desgraciadamente Pedro no superó esta vez las fiebres terciarias dobles que le dieron y lo llevaron a la muerte el 1 de agosto de 1546. Tampoco pudo llegar al Concilio y por tanto escribir otra carta a Antonio Araoz.

A su muerte se escucharon muchos testimonios y se inició una devoción de la gente sencilla hacia su persona. El Papa Pío IX lo elevó a los altares como beato en 1872 en donde se encuentra su proceso en la actualidad. Su fiesta se celebra el 2 de agosto. Este esfuerzo se inscribe en el marco de la celebración del jubileo de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y los 500 años de nacimiento y 460 años de muerte del Beato Pedro Fabro. Valga decir que de los tres primeros compañeros es Pedro Fabro el menos conocido. Surgen dos preguntas finales: ¿Qué ha pasado que ha hecho que este hombre de Dios no haya sido canonizado como los otros dos que lo acompañan? ¿No será el jubileo una buena ocasión para impulsar su causa?

Referencias Bibliográficas

Alburquerque, A. (2000). *En el corazón de la reforma. Recuerdos espirituales del beato Pedro Fabro s.j* Bilbao: Editorial Sal Terrae.

Fabri Monumenta. MHSJ. Madrid, pp 422-430.

Plaza, C.G (1943) *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el memorial del beato Pedro Fabro. Madrid.*

Quiroz Magaña, A.(2006). *Carta de Pedro Fabro, siglo XVI , a jóvenes latinoamericanos del siglo XXI. Cuarta carta jubilar. Consultado en <http://www.cpalsj.org/cgi/cgilua.exe/sys/star.htm?infoid=1170&sid=89> el 15 de abril.*

LAS HUELLAS DE FABRO, LOYOLA Y JAVIER EN VENEZUELA.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA VENEZOLANA

Jesús María Aguirre, s.j.

Al hablar de huellas queremos expresar la impronta y el interés intelectual que suscitaron en Venezuela estos tres fundadores de la Compañía de Jesús. Pocos se imaginarán que tres venezolanos han dedicado sus estudios a profundizar el pensamiento y la experiencia de estos tres maestros de la espiritualidad, cuyos aniversarios celebramos en el año 2006: 500 años de nacimiento de San Francisco Javier y del Beato Pedro Fabro y 450 años de la muerte de San Ignacio de Loyola.

En una exploración bibliográfica sobre la producción académica en torno a estas tres figuras señeras hemos encontrado tres estudios relevantes de venezolanos, que apenas son conocidos en nuestro ambiente eclesial, sea por la poca difusión de este tipo de investigaciones o por su publicación ya antigua en el tiempo.

Su interés radica no solamente en una razón coyuntural como la de las celebraciones dichas, sino también en su significación académica, porque permiten visualizar los enfoques de los estudios teológicos de corte espiritual y pastoral, que se han realizado.

El primero de ellos data de 1944. Titulado Contemplando en todo a Dios: Estudio ascético-psicológico sobre el Memorial del Beato Pedro Fabro, S.J., primer compañero de San Ignacio; es obra de C. G. Plaza, s.j., Profesor de la Facultad de Filosofía y fue publicado por Estudios Onienses.

Fue impreso por la Editorial Fax en Madrid. (Su autor es conocido sobre todo por el hecho de haber sido el fundador de la Asociación Venezolana de Educación Católica).

*El segundo, *Que su Santísima Voluntad sintamos y aquélla enteramente la cumplamos: Estudio hermenéutico-ascético-teológico de la rúbrica espiritual ignaciana*”, fue presentado en 1963 como tesis en la Pontificia Universidad Gregoriana por Manuel Hernández Gordils, entonces jesuita. Su moderador fue el famoso experto en estudios ignacianos R. P. Ignacio Iparraguirre, s.j. Solamente conocemos la obra en su versión mecanografiada. (El autor llegó a ser maestro de novicios en la Compañía de Jesús en Venezuela).*

*El tercero, también es un estudio presentado en la Universidad Gregoriana para optar al título de doctor en Teología Dogmática. Se titula *San Francisco Javier y la salvación de los infieles: análisis teológico de su predicación misional*. Su autor es el sacerdote diocesano Carlos Rodríguez Bouquet. Fue publicado en 1995 por Ediciones Trípode en Caracas. Su tutor fue el R. P. Angel Antón. Sin duda es la obra más conocida de las tres, no solamente por su actualidad, sino por la amplia difusión que obtuvo a través de la editorial Trípode en un formato asequible. (El autor fue rector del Seminario Arquidiocesano Santa Rosa de Lima, Caracas).*

Breve reseña de las tres obras

En las siguientes líneas reseñaremos las tres obras, remarcando las preguntas que suscitó la investigación de los respectivos autores, así como los resultados relevantes que obtuvieron.

C.G. Plaza: *Contemplando en todo a Dios*¹

La arquitectura del estudio sobre el Memorial de Pedro Fabro se recoge en el sumario y consta de cinco partes: a) Contemplativo en todas las cosas. b) Ambiente del Memorial. c) El Memorial. d) Autores espirituales que influyeron en la obra. e) Desarrollo de la obra.

¹ C.G. PLAZA (1944) *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el Memorial del Beato Fabro, s.j., primer compañero de San Ignacio de Loyola. Estudios Onienses, Serie III, Vol. III. Madrid, Ed. FAX, 351 p.*

En el desarrollo de la obra se consideran los diversos puntos de vista teológico, ascético, psicológico y otros de índole diversa. Veamos su excursio.

El ejercitante ideal, en la mente de San Ignacio, debe quedar capacitado, una vez concluidos los Ejercicios Espirituales, para ser un contemplativo en la acción, es decir, debe saber “buscar y hallar a Dios en todas las cosas”. Llegar a la solución concreta –plantea Plaza– implica la solución, igualmente, de otros problemas de diversa índole, específicamente teológicos, ascéticos y psicológicos.

¿Qué importancia habrá que dar a los diversos medios que conducen a la perfección? ¿Cómo conciliar las condiciones psíquicas requeridas para la acción con las exigidas por la vida contemplativa? ¿Es posible una síntesis entre las dinámicas dispersivas de la acción y la unificadora de la contemplación?

A Plaza le parece singularmente tentador el caso de Fabro por su carácter ejemplar, no sólo por su condición de amigo y dirigido de San Ignacio, sino por ser él mismo un teólogo y asceta, que analiza estas tensiones internas.

El interés aumenta si se considera que la vida de Fabro transcurrió en una época de grandes movimientos y convulsiones en Europa: el humanismo renacentista de moda, el protestantismo competitivo, el imperialismo hispano-lusitano con afán universalizador y el movimiento de contrarreforma.

Por otra parte el diario de vida interior sin afanes publicísticos permite apreciar los senderos de un espíritu que lleva en “la memoria la bondad comunicativa de Dios... el Espíritu Santo, verdadero Maestro interior y Repetidor”.

En el desarrollo del estudio, Plaza, expone, en primer lugar, el pensamiento de Pedro Fabro como teoría-solución al problema de la “contemplación en la acción”, y en la segunda parte, de carácter práctico, analiza su temperamento según la caracteriología de Heymans, así como su evolución psicológica, la relación interpersonal con Ignacio de Loyola y su trayectoria en la vida activa o mixta, en la que aplica el discernimiento de los espíritus.

Entre las conclusiones más significativas, atendiendo a los tres aspectos analizados, podemos destacar las siguientes:

I. Desde del punto de vista teológico:

- a) *El poder fundir en uno acción y contemplación, en una vida mixta superior, es obra de la Gracia;*
- b) *no de cualquier gracia, sino de la experimentada y sentida en el alma por los dones del Espíritu;*
- c) *la efusión de estos dones la condiciona Dios no tanto a determinadas prácticas (por ejemplo, oración retirada y penitencia) cuanto a la perfecta entrega del propio yo en el sacrificio;*
- d) *son singularmente eficaces para este fin: la perfecta obediencia, la pureza de intención, y las obras de caridad espiritual, esto es, la labor apostólica.*

II. Desde el punto de vista ascético:

- e) *Fabro valora los Ejercicios de Mes, la indiferencia, la oración retirada y la disciplina ascética (examen y método de oración) para defenderse de la dispersión, pero manteniendo la primacía de la obra de caridad apostólica.*

III. Desde el punto de vista psicológico:

- f) *Fabro considera que hay que encontrar a Dios en el propio corazón para proyectar su visión a todas las cosas; es decir hay que buscar en Él el Foco de Unidad con el discernimiento de las mociones espirituales (espíritus buenos y malos de la angelología).*

IV. Desde otros aspectos:

- g) *No se trata solamente de orar para llevar las luces interiores a los demás en la predicación sino que, en la misma oración, debe descubrir el apóstol sus horizontes de acción.*

A pesar de que las tipologías psicológicas utilizadas por Plaza, como la de Heymans, hayan sido superadas – pues ha habido un largo recorrido entre la ascética diferencial de Roldán y la moda del eneagrama-, la obra sigue manteniendo una indudable vigencia por los atinados análisis de los textos espirituales y de las marcas del peregrinaje vital de Fabro como ciudadano en busca de una nueva ciudad.

M. Hernández: *Que su Santísima Voluntad sintamos...*²

El discernimiento y práctica de la voluntad de Dios, nos dice Hernández, es el eje fundamental en torno al cual ha girado y debe girar siempre la historia toda del hombre.

El estudio pretende aportar algo de luz acerca de la contribución de San Ignacio de Loyola al tema de descubrir y cumplir el designio de Dios, Nuestro Señor.

Alude a un estudio previo del P. J. Ayerra Moreno, s.j., sobre la experiencia personal de Ignacio, pero Hernández se ciñe específicamente a su pensamiento sobre el particular, con énfasis en los contextos en los que aparece la “rúbrica ignaciana” que pone final a 992 cartas que han llegado hasta nosotros.

El estudio se divide en tres partes: en la primera averigua cuál es la auténtica fórmula ignaciana; en una segunda parte para confirmar los resultados examina las rúbricas de los últimos años de su vida -etapa en la que es secretario Polanco- en cartas enviadas a la familia Borja y a don Juan de la Vega, Virrey de Sicilia.

Por fin, da una interpretación ascético-teológica de dichas rúbricas espirituales. Entre las conclusiones señala las siguientes:

- a) Hay una variedad de sentidos en el uso de la palabra “sentir” en San Ignacio que va desde impresiones sensibles y somáticas, hasta las visiones místicas, pasando por comunicaciones extraordinarias e intermedias.*
- b) A estos sentidos se añade el de oír, escuchar y también el de “notar, conocer, descubrir y juzgar”, en referencia a las Constituciones y en claros contextos de obediencia o de discreción en una atmósfera claramente religiosa y sobrenatural.*
- c) A medida que la mano de Polanco se va introduciendo en la redacción epistolar, se va descubriendo que el término “sentir” pierde frescura y agilidad, hasta perder por completo el significado de “conocer, reconocer y descubrir”, e incluso el de “experimentar”.*

² M. HERNÁNDEZ GORDILS (1963) *Que su Santísima Voluntad sintamos y aquélla enteramente la cumplamos. Estudio hermeneútico-ascético-teológico de la rúbrica espiritual ignaciana. Dissertatio ad Lauream in Facultate Theologiae*, 2 vol. (455 y 244 p.) Romae. Copia mecanografiada.

- d) *En la mayor parte de dichas reduplicaciones verbales, el análisis de la rúbrica original le inclina a pensar que se trata de un deseo de dar énfasis a una “única idea”, reminiscencia tal vez de la lengua vasca.*
- e) *Resulta legítimo pensar que cuando Ignacio usa la fórmula “que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella enteramente cumplamos” está presentándonos un significado inclusivo y complejo, que incluye los procesos de descubrir, sea a base de juicio, al que concurren la obediencia y la discreción, sea por haber escuchado el parecer de otros más prudentes y versados en las vías del Señor, hasta llegar a casi experimentar—por vía de consolaciones ordinarias o extraordinarias— cuál sea el beneplácito divino.*

*Más allá del establecimiento crítico de los textos ignacianos y la evolución de la rúbrica, consideramos que el estudio tiene un interés especial en la actualidad cuando se ha revalorizado en nuestra cultura la dimensión de la sensibilidad (razón sentiente, inteligencia emocional, etc.). Además creemos que sería de interés cotejar la concepción ignaciana con otras como la de San Juan de la Cruz, estudiada a fondo por Juan Francisco Pinilla en *Los sentidos espirituales en particular: el “toque de Dios” en San Juan de la Cruz, OCD, Doctor de la Iglesia (Anales de la Facultad de Teología, Vol. II. Cuaderno 2, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1998).**

C. Rodríguez: San Francisco Javier y la salvación...³

Este estudio fue presentado en la Universidad Gregoriana para optar al título de doctor en Teología Dogmática.

Expone sistemáticamente las líneas teológicas maestras de los documentos javerianos sobre Dios, el hombre, la misión y la salvación para esclarecer su postura respecto a la salvación de los infieles, ya que tradicionalmente se presentaba al misionero jesuita como prototipo de la tesis “extra ecclesiam nulla salus” (fuera de la Iglesia no hay salvación).

A lo largo del desarrollo del estudio trata de responder a las preguntas pertinentes desde un enfoque teológico-dogmático.

³ CARLOS RODRÍGUEZ SOUQUET (1995) *Análisis teológico de su predicación misional.* Ed. Tripode. Venezuela, 351 p.

¿Qué predicó? ¿Cuáles fueron los conceptos repetidos con más frecuencia en su enseñanza? ¿Cómo concebía al hombre, pecador y llamado a ser transformado en la Gracia de Dios? ¿Qué pensaba de la idolatría? y, finalmente, ¿cómo respondía a la posibilidad de salvación para los hombres en general, y para los paganos, en particular?

En cinco capítulos explaya el pensamiento teológico vigente en el alma mater parisiense, donde Javier estudió; las raíces teológicas de la conversión de los infieles y de las misiones en América y Asia; la doctrina o credo sobre las verdades centrales de la catequesis javeriana en torno a la creación, la encarnación y la venida del Espíritu Santo; la Antropología teológica del pecado y de la Gracia con una sección sobre los sacramentos y más específicamente, el bautismo; y, por fin, la respuesta de Javier al problema de la salvación de los infieles, que no han escuchado la predicación del Evangelio.

En sus conclusiones, C. Rodríguez, afirma que Javier, como hijo de su época y discípulo de una universidad de su tiempo, aprendió a valorizar la necesidad del bautismo para la salvación según la exégesis de Mc.16,16, cuyo eco se encuentra en expresiones javerianas típicas (“cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos”, en referencia a los estudiantes de la Sorbona).

Su doctrina sobre Dios-Trino enfatiza la dependencia real e histórica entre el hombre –creatura– y Dios –su creador– con las implicaciones de obediencia a su voluntad y a sus mandamientos, y a la vez enseña que cuanto existe ha sido creado para servicio de los hombres –imagen y semejanza de Dios.

Javier sostenía la inclinación de la naturaleza humana, a pesar de la herida del primer pecado, al conocimiento racional de Dios y por eso consideraba inexcusable la idolatría.

En este marco se debe interpretar la conocida oración por la conversión de los infieles, pues hay suficientes datos para asegurar que Javier supo distinguir entre el vivir en la ignorancia –situación ésta en que la razón puede ser ayudada a convertirse en norma de vida– y el vivir en la malicia –situación en la que la razón carece de valor.

Esta diferenciación que se descubre ya en los textos de la India, se hará más neta y específica durante la experiencia misionera del Japón.

Javier, basado en la misericordia de Dios –la cual se ponía en duda– admite que los antepasados de los japoneses pudieron conocer a Dios del modo indicado y, por lo tanto, tuvieron la posibilidad de salvarse.

El estudio de C. Rodríguez tiene plena vigencia por cuanto se trata de una problemática que adquiere actualmente un relieve especial, pues plantea de raíz el sentido de las misiones católicas en una etapa precursora de la globalización.

*La polémica suscitada por la obra del P. Jacques Dupuis, *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso* (Sal Terrae, 2000), es un indicio de las dificultades pastorales que plantea no solamente la tolerancia religiosa, sino la convivencia en sociedades globalizadas con una gran diversidad religiosa, que compiten por su preeminencia.*

IGNACIO, FABRO Y JAVIER, TRES SANTOS PARA HOY.

F. Javier Duplá s.j.

Una nota inicial para los lectores: San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier son santos universalmente conocidos, el primero como fundador de la Compañía de Jesús y el segundo como Patrono Universal de las Misiones. Pedro Fabro, perteneciente al grupo de compañeros fundadores, es prácticamente desconocido del gran público, pero también lo incluiré en este artículo, porque en este año 2006 se celebran quinientos años del nacimiento de Javier (7 de abril 1506), del nacimiento de Fabro (13 de abril de 1506) y 450 años de la muerte del gran santo fundador (31 de julio de 1556).

El enfoque de este trabajo es resaltar la vigencia de estos tres grandes cristianos para el controversial mundo en el que vivimos. Me fijaré en varios aspectos que siguen siendo importantísimos para la sociedad contemporánea: San Ignacio, precursor de la globalización; Pedro Fabro, maestro de la vida interior; Francisco Javier, adelantado de la inculturación. Por supuesto, no son aspectos mutuamente excluyentes, quiero decir, los tres santos fueron hombres de profundísima vida interior, de amplitud universal de miras y de deseos enormes de comunicar el mensaje y la vida de Jesucristo al mundo entero. Pero quiero fijarme en particular en esos rasgos por su enorme actualidad, porque los considero absolutamente necesarios para ayudar a que no naufrague esta humanidad en crisis.

Iñigo de Loyola (1491-1556) nace como el vástago número 13 de una extensa familia guipuzcoana, radicada en la casa-torre de Loyola. Pierde muy pronto a su madre y es una cuñada, casada con el segundo de

los hermanos mayores, la que se hace cargo de él en la casa solariega. Su educación corresponde a la de un joven de familia de nobleza menor y así es enviado por su padre a la villa de Arévalo (Castilla), a fin de que reciba la formación correspondiente a un paje del séquito del Tesorero Mayor, don Juan Velásquez de Cuellar. Íñigo pasa a Nájera (La Rioja) cuando su protector cae en desgracia y se convierte el Virrey de Navarra en nuevo protector del joven, que en ese momento cuenta ya 25 años. En un hecho de armas que cambió su vida Íñigo queda herido en la defensa de la ciudadela de Pamplona, asediada por tropas francesas (20 de mayo de 1521). Durante la convalecencia en su casa solariega de Loyola lee libros espirituales que le presta su cuñada y Dios le va sutilmente transformando en su interior. Al cabo de varios meses de permanencia en el lecho, Íñigo se ha transformado en un hombre distinto. Sigue siendo impetuoso, buscador de la gloria, pero ya no de la humana, sino de la divina. Quiere realizar grandes hazañas como San Francisco de Asís y Santo Domingo, y él no sabe todavía que sus anhelos se verán plenamente cumplidos con el transcurrir del tiempo.

No voy a relatar la vida completa de este vasco universal. Hay buenas biografías y a ellas remito al lector interesado¹. Solamente quiero señalar el cambio espiritual enorme que experimentó Ignacio y que le proyectó hacia horizontes amplísimos e insospechados, hasta convertirlo en un santo universal, con una visión de la realidad que hoy llamaríamos global e integral. Mencionaré en forma esquemática los siguientes aspectos:

1. Después de su conversión a Dios, y tras un período de penitencia y oración sumamente agitado en Manresa y Barcelona, decide embarcar para Tierra Santa, a fin de contemplar, en vivo, los lugares en donde vivió y actuó Jesús de Nazaret y quedarse a vivir en ellos. Su horizonte se amplía impulsado por su amor enorme a Jesucristo, al que quiere imitar en todo, hasta quedarse en su misma tierra. Esto no fue posible, pero Ignacio se fue desprendiendo así de referencias familiares y nacionales demasiado estrechas, y abriéndose a una mentalidad que trasciende los espacios y los tiempos.

2. Al regreso de Tierra Santa decide estudiar formalmente en la universidad, aunque ya pasa de los treinta años. Primero en Alcalá de Henares, luego en Salamanca y por fin en París, va ampliando sus amistades, haciéndolas internacionales. El punto focal sigue siendo Jesús, desde luego,

¹ Especialmente accesibles para el lector venezolano son las siguientes: José Ignacio Tellechea, *La aventura de un cristiano*. UCAB-Provincia S.J. de Venezuela, Caracas, 1995. Pedro Galdos Zuazua s.j., *Vida de San Ignacio de Loyola. Los jesuitas en América*. 3ª ed. Caracas, 1995.

del que quiere hablar constantemente e invitar a otros a seguirle, pero el Señor le va llevando poco a poco a congregar un grupo de compañeros de varios países, que serán el germen de la futura Compañía de Jesús.

3. Siete compañeros hacen votos, el 15 de agosto de 1534 en Montmartre, de ir a Jerusalén y de ponerse a disposición del Romano Pontífice al regresar de los santos lugares. No pueden viajar y entonces deciden consagrarse a predicar, atender a los enfermos en los hospitales, aconsejar, ayudar a las almas de todas las maneras posibles. Todavía no son una congregación religiosa, pero proceden de varias nacionalidades: España, Francia, Saboya y Portugal. Ellos, aun viniendo de países diferentes y algunos en guerra (los dos primeros), han logrado superar los condicionamientos nacionalistas y se quieren como “amigos en el Señor”.

4. Una vez aprobada la Compañía de Jesús por el Papa Paulo III en 1540, va en aumento rápido el número de los que se apuntan en esta nueva orden religiosa. Comienza la dispersión de los jesuitas hacia los límites del universo conocido: la India, Malaca, las Molucas, Japón, con Francisco Javier; Brasil a partir de 1549, con el P. Manuel de Nóbrega (1517-1570). Ignacio desde Roma mantiene, con sus cartas, los hilos de la dispersión, anima, alienta, corrige, impulsa. Sueña incluso con enviar jesuitas a Abisinia, en el este de África, algo que no pudo realizar en su tiempo, pero que realizarán otros jesuitas posteriormente.

5. La mentalidad de Ignacio es universal. Piensa en grande, envía jesuitas al Concilio de Trento, anima a Pedro Fabro y luego a Pedro Canisio para que enfrenten la reforma protestante en Alemania. Se alegra con las cartas que envía Francisco Javier desde el remoto Oriente y le anima a extender el Reino de Cristo hasta los confines más alejados. Impulsa la fundación de instituciones educativas en Europa, Brasil y la India.

6. La Compañía ha sido fundada, rezan sus Constituciones (nº 308), para discurrir “por unas partes y otras del mundo por mandado del Sumo Vicario de Cristo Nuestro Señor o del Superior de la Compañía misma, predicar, confesar y usar los demás medios que pudiera con la divina gracia para ayudar a las ánimas”. Mayor amplitud y globalidad de lugares, destinos y tareas no es concebible. Como consecuencia, la movilidad de los jesuitas ha sido grande históricamente y así han podido acudir donde se consideraba de mayor servicio divino y utilidad de los prójimos en ese lugar y momento.

7. Ignacio, desde Roma, insiste en que los jesuitas dispersos por todo el mundo envíen, constantemente cartas con noticias, que luego son copiadas y reenviadas a los demás. “Quería Ignacio que los compañeros dispersos escribieran a Roma con frecuencia. A Fabro se le dice que escriba cada quince días. En Roma se arreglaban las cartas y se enviaban noticias de todos a todos...”². Ignacio da gran importancia a la comunicación, una de las realidades más importantes en el mundo globalizado de hoy, y la ve como constructora de comunidad.

8. Por último, algunas expresiones de Ignacio, frecuentes en las Constituciones y en las cartas, revelan este espíritu universal precursor de la globalización actual, y superior a ella en cuanto a los motivos que la impulsan. “El bien cuanto más universal, más divino”; “A mayor gloria de Dios”, expresada luego como lema: A.M.D.G. (“Ad maiorem Dei gloriam” en su expresión latina); “Discurrir por cualquier parte a donde el Señor le quiera enviar por medio del Romano Pontífice” son algunas de esas expresiones, que revelan un talante universalista.

La visión globalizadora de Ignacio es espiritual, desde luego, pero muy efectiva. Logró infundir en los jesuitas una disposición de ánimo de carácter verdaderamente universalista y los impulsó a recorrer el mundo y a misionar dondequiera. Concretamente en Venezuela, las misiones del Orinoco en los siglos XVII y XVIII fueron desarrolladas por jesuitas de origen español, alemán e italiano, y siempre ha habido jesuitas de varias nacionalidades repartidos por todas las provincias del mundo. Los orígenes nacionales de los jesuitas no los confinan a su patria de origen, sino que su patria es donde quiera que pueda hacerse mayor servicio de Dios Nuestro Señor y bien de las almas.

Pedro Fabro (1506-1546) nace en Villareto, Alta Saboya, en un valle de los Alpes. De niño se dedica a pastorear las ovejas, pero a los diez años anuncia a sus padres que quiere estudiar. Gente piadosa y comprensiva, permiten iniciar al niño una carrera de estudios que concluirá con el doctorado en París en 1536. En la capital de Francia conoce y comparte habitación con Iñigo de Loyola, ya convertido en Ignacio, con Francisco Javier y con el maestro de todos, el regente Juan de la Peña. Fabro repite las lecciones a Ignacio, varios años mayor que él, y se inicia una amistad extraordinaria, en la que el discípulo se convierte en el maestro del joven saboyano. La gran

2 Antonio Alburquerque, *En el corazón de la Reforma. “Recuerdos espirituales” del Beato Pedro Fabro S.J.* Colección Manresa 21. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, s.f., p.141.

sensibilidad interior de Fabro le permite avanzar enormemente en la vida espiritual, guiado por Ignacio, pero también le ocasiona escrúpulos que le molestarán con frecuencia. Cuando Ignacio regresa a Guipúzcoa para reponer su quebrantada salud, Fabro pasa a ser “el hermano mayor” del grupo de compañeros reunidos en torno al Maestro Ignacio. Nadie como él da los Ejercicios Espirituales, nadie recibe mejor acogida de los demás por su carácter bondadoso y espiritual.

Fabro se ordena de sacerdote el 30 de mayo de 1534, el primero de los compañeros. Él recibirá los votos de ellos en Montmartre en el agosto siguiente. Luego recorrerá varias partes de Europa y permanecerá especialmente en Alemania (Espira, Maguncia, Worms, Ratisbona, Colonia), en misión de fortalecimiento de la fe católica. Su apostolado preferido será dar Ejercicios, tratar con toda clase de personas – obispos, consejeros y embajadores reales, y también gente del pueblo – y orientarlas en los caminos del Señor.

Es interesante el testimonio que Pedro Canisio, ilustre jesuita a quien Fabro dio los Ejercicios, da sobre Fabro: “Nunca vi un teólogo más docto ni más profundo. No busca otra cosa sino cooperar con Cristo para el bien de las almas (...) Tanta autoridad tiene que le buscan muchos religiosos, obispos y doctores”³.

Fabro fue un hombre de gran vida interior. Dedicaba mucho tiempo a la oración, especialmente mientras caminaba en tantos y tan largos viajes como hizo. Dejó escritos sus pensamientos y sentimientos en un hermoso documento, llamado Memorial, donde anota las mociones o movimientos interiores, las inspiraciones, las gracias que el Señor le concede, toda su rica vida espiritual. Fabro es maestro en los detalles, en rezar el breviario con atención, en decir la Misa deteniéndose a pedir gracias al santo de cada día. Encomienda al Señor y a los ángeles las ciudades que visita, sus habitantes, sus campos, sus ganados. Veamos algunos pasajes de su escrito.

“Ese mismo día pensé mucho en la manera de orar y actuar bien. Y en cómo, de alguna manera, los buenos deseos que brotan de la oración, preparan el camino y disponen para el bien obrar, y, al contrario, las buenas obras llevan a los buenos deseos. Noté y sentí claramente que quien busca con espíritu a Dios en las buenas obras, lo encuentra después mejor en la oración que si hiciese lo contrario que es más frecuente:

3 *Ibid.*, p. 69.

buscarlo primero en la oración y después en las obras. Quien busca y encuentra el Espíritu de Cristo en las buenas obras, aprovecha más sólidamente que quien sólo lo busca en la oración. Y esto es así porque quien encuentra a Cristo en las obras y en la oración es como si lo tuviera en efecto y en afecto. Tienes que esforzarte, por consiguiente, por vencerte a ti mismo, mortificarte, integrarte y disponerte para percibir todo bien por las buenas obras. Experimentarás entonces que es una excelente preparación para la oración mental. Que tu vida tenga algo de Marta y María, que se apoye en la oración y en las buenas obras, que sea activa y contemplativa. Que busques lo uno para lo otro y no por sí mismo, como muchas veces sucede. Has de buscar la oración como medio para obrar bien. Si estas dos cosas están ordenadas la una a la otra será mucho mejor. Y hablando de manera general es preferible que tus oraciones vayan encaminadas a obtener los tesoros de las buenas obras. Y no al contrario” (Memorial, 126).

Fabro es muy consciente, como se ve, de la estrecha relación entre la oración y las obras, entre la contemplación y la acción: “Quien busca y encuentra el espíritu de Cristo en las buenas obras aprovecha más sólidamente que quien sólo lo busca en la oración”. San Ignacio quería que todos los jesuitas aprendieran a ver a Dios vivo y actuante en todas las cosas⁴.

Basten estos breves pasajes para resaltar la figura de este gran maestro de la vida espiritual, que llegó a grandes alturas en los breves 40 años que vivió. Necesitamos en la vida actual personas como Fabro, de sólida vida interior, que ayuden a otros muchos a encontrar a Dios dentro de sí mismos. Será la mejor manera de contribuir a dar solidez y fraternidad a sociedades como las actuales, tan volcadas a lo externo, tan pendientes de la apariencia, tan materialistas y consumistas.

Francisco Javier es el santo del ímpetu apostólico misiona⁵. Nacido en el castillo de Javier, Navarra, España el 7 de abril de 1506, recibió de niño la educación correspondiente a una familia hidalga y rica, porque su padre era presidente del Consejo Real del Reino de Navarra. Cuando Navarra es incorporada a la corona española en 1515, la familia cae en desgracia y el

⁴ *Ibid.*, p. 183.

⁵ *La biografía más reciente sobre San Francisco Javier, publicada en ámbito venezolano es: Pedro Galdos Zuazua, s.j. San Francisco Javier. El hombre es del tamaño de sus sueños, Colegio San Ignacio, Caracas, 2005.*

padre muere poco después. Las familias de Ignacio y Javier combatieron en bandos opuestos en el asedio a la fortaleza de Pamplona, donde quedó malherido Iñigo. ¡Quién iba a suponer que andando el tiempo ambos hombres estuvieran tan unidos por el mismo ideal de servir a Jesucristo! Dejamos al lector que recorra la vida de Javier relatada por alguno de sus biógrafos, el mejor de los cuales es Georg Schurhammer s.j.⁶ Nos interesa simplemente resaltar de su vida que su ímpetu evangelizador, su entusiasmo por Cristo y su Evangelio le llevaron a los más remotos confines conocidos, que eran entonces la India, Malaca, Japón y la China, ante cuyas costas murió en 1552.

Javier predicó en la India con gran fervor e hizo innumerables conversiones. Siempre se presentaba vestido con ropa humilde, comía austeramente y no tenía casi tiempo para sí mismo, tan grande era la afluencia de gente que quería escucharle. Estaba convencido de que su propia vida, su entusiasmo apostólico y el ejemplo de desprendimiento de los bienes terrenales eran poderosos imanes para atraer a los hombres a Cristo. Cuando pasó al Japón quiso hacer lo mismo. Se entrevistó con el daimio de Yamaguchi vestido pobremente y, en unión con el Hermano Fernández, que le servía de traductor, le explicó la historia de la salvación. Recibió una acogida fría y reservada. Van después a Meako para entrevistarse con el Emperador:

Cuando los dos extranjeros, Javier y Fernández, pobremente vestidos fueron a visitarle, les preguntaron si traían regalos. Javier les contestó que los regalos habían quedado en Hirado y que posteriormente los entregarían. No les satisfizo tal respuesta y no pudieron entrevistarse con el Emperador⁷.

Regresan a Yamaguchi, cuyo daimio era quien tenía el verdadero poder, pero ahora cambia de atuendo:

En Hirado llenó una barca con los regalos destinados al daimio de Yamaguchi y compró unos elegantes vestidos, después de considerar que su descuidado aspecto exterior no gustaba a los japoneses, ya que sus títulos de Embajador de Portugal y Nuncio del Papa implicaban una presencia más digna.

El humilde Javier cae en la cuenta de que vestir elegantemente es más atractivo para los japoneses y abre las puertas, cerradas hasta ahora,

6 Georg Schurhammer, *San Francisco Javier. Su vida y su tiempo*. 4 tomos. Gobierno de Navarra – Compañía de Jesús – Arzobispado de Pamplona, 1992.

7 Galdós, p. 102.

a la predicación. Todo por Cristo, aunque tenga que cambiar de mente, de hábitos culturales, de gustos personales.

Fue posteriormente a Fuani, llamado por el príncipe o daimio de Bungo. Llegó con una embarcación engalanada con banderines y sedas, entró en la ciudad con solemnidad, flanqueado por un acompañante que le cubría la cabeza con un quitasol, revestido con un alba de seda y una estola de terciopelo verde sobre sus hombros. Fue recibido con una triple inclinación del príncipe, homenaje con el que recibían a muy pocas personas, y permitió a Javier predicar libremente el evangelio.

Javier tuvo visión para comprender que las formas externas de hablar, vestir y comportarse deben ayudar a la predicación del evangelio. Su espíritu apostólico y su inteligencia le llevaron a ser, como san Pablo en los comienzos del cristianismo, un abanderado de la inculturación. Después de Javier y siguiendo su espíritu, los jesuitas Mateo Ricci en China y Roberto de Nóbili con los brahmanes de la India, llevaron la mentalidad de la inculturación hasta sus últimas consecuencias. Javier había mostrado el camino más eficaz para predicar a Cristo, que es adaptarse a la cultura de los pueblos evangelizados.

Este ejemplar se terminó de
imprimir en Caracas en
julio del año 2006
en los talleres de

EDITORIAL TEXTO C.A.



Presentación
Javier Duplá s.j.

Ignacio, Fabro, Javier: acoger el don, impulsar la misión
Provincia de España de la Compañía de Jesús

Ignacio de Loyola y Concilio Plenario de Venezuela
Roberto Martiálay s.j.

Francisco Javier y Alberto Hurtado,
dos huellas en dos épocas
Honegger Molina García, s.j.

Relato del peregrino en tiempos de la reforma. Carta inédita
de Pedro Fabro encontrada en su lecho el día de su muerte
José Francisco Aranguren s.j.

Las huellas de Fabro, Loyola y Javier en Venezuela
Reseña bibliográfica venezolana
Jesús María Aguirre, s.j.

Ignacio, Fabro y Javier, tres santos para hoy
F. Javier Duplá s.j.

Caracas - Venezuela



ignacianos 7
cuadernos